



# LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

## KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

Y cogiendo la cabeza del animal por las orejas, y después sacudiéndolas, como si quisiese arrancárselas,

—¿Andarás?— exclamó.

El asno no se movió.

—¡Ah! no quieres obedecerme—dijo Keraban.— Pues bien, yo sabré obligarte á andar.

Y hé ahí á Keraban corriendo á la entrada de la caverna, y recogiendo algunos puñados de hierba seca, con la que hizo una pequeña pelota, que presentó al asno. Este dió un paso hácia adelante.

—¡Ah! ¡ah!— exclamó Keraban;— ¡es necesario está para decirte á andar! Pues bien; por Mahoma, tú andarás.

Un instante después aquella pequeña pelota de hierba estaba sujeta en la extremidad de las varas de la carreta, pero á una distancia suficiente para que el asno, aun estirando la cabeza, no pudiese cogerla.

Sucedió esto: que el animal, solicitado por aquel atractivo, que iba siempre á colocarse delante de él, se decidió á mirar en la dirección del paso.

—¡Muy ingenioso!—dijo Van Mitten.

—Pues bien, imítadle—exclamó la noble Saraboul, arrastrándole detrás de la carreta.

Ella también era un atractivo que se desplazaba, pero un atractivo que Van Mitten, al contrario del asno, temía ganar.

Todos, siguiendo la misma dirección en apretados grupos, abandonaron bien pronto el campamento, en donde la posición no hubiese sido sostenible.

—Así, Ahmet—dijo Keraban—¿crees que ese Saffar es el mismo personaje insolente que, por pura terquedad, hizo que se rompiese mi coche de posta en el ferro-carril de Potí?

—Sí, tío; pero ante todo es el miserable que hizo robar á Amasia, y es á mí á quien pertenece.

— En parte, á los dos, sobrino Ahmet; en parte á los dos — respondió Keraban — y que Allah nos ayude.

Apénas el señor Keraban, Ahmet y sus compañeros habían subido por el desfiladero unos cincuenta pasos, cuando los bordes de las rocas se coronaron de

salteadores. Se oía una gran gritaría y sonaban tiros por todas partes.

— ¡Atras, atras! — exclamó Ahmet — que hizo retroceder á todos hasta los límites del campamento.

Era muy tarde para abandonar las gargantas de Nerissa; muy tarde para ir á buscar en las plataformas



Los bordes de las rocas se coronaron de saltadores.

mas superiores una posición defensiva mejor. Los hombres pagados por Saffar, en número de una docena, acababan de empezar el ataque. Su jefe los excitaba en aquella criminal agresión, y, en la situación que ocupaban, todas las ventajas eran para ellos.

La vida del señor Keraban y sus compañeros estaba absolutamente á su merced.

— ¡ Á nosotros, á nosotros! — exclamó Ahmet, cuya voz dominó el tumulto.

— Las mujeres en medio — respondió Keraban.

Amasia, Saraboul y Nedjeb formaron un grupo, al rededor del cual Keraban, Ahmet, Van Mitten, Yanar, Nizib y Bruno se arreglaron. Eran seis hom-

bres para resistir á la tropa de Saffar (uno contra dos), con la desventaja de la posición.

Casi en seguida aquellos bandidos, arrojando horribles vociferaciones, hicieron irrupción por el paso y rodaron como una avalancha en medio del campamento.

— ¡ Amigos míos — exclamó Ahmet — defendámonos hasta la muerte!

El combate se trabó. Primeramente Nizib y Bruno fueron heridos ligeramente, pero no cesaron, lucharon, y no ménos valerosamente que la valiente kurda, cuya pistola respondió á las detonaciones de los saltadores.

Era evidente, por otra parte, que éstos tenían ór-

den de apoderarse de Amasia, de cogerla viva, y que buscaron el combatir con arma blanca, á fin de no tener que sentir algun mal dirigido tiro que hubiese herido á la jóven.

Así, en los primeros instantes, á pesar de su superioridad, la ventaja no fué de ellos, y muchos cayeron gravemente heridos.

Entónces fué cuando dos nuevos combatientes, no ménos formidables, aparecieron en el teatro de la lucha.

Eran Saffar y Scarpante.

—¡ Ah, el miserable! — exclamó Keraban. ¡ Es él, es el hombre del ferro-carril!

Y muchas veces quiso desafiarle, pero sin conse-



Scarpante cayó mortalmente herido.

guirlo, estando obligado á afrontar á los que le atacaban.

Ahmet y los suyos, sin embargo, resistían intrépidamente. Todos no tenían más que un pensamiento: salvar á Amasia, á cualquier precio; á cualquier precio impedirle el volver á caer entre las manos de Saffar. Pero á pesar de tanto valor y tanto denuedo, fué bien pronto necesario ceder ante el número. Así, poco á poco, Keraban y sus compañeros comenzaron á plegarse, á desunirse, despues á retroceder á las rocas del desfiladero. Ya el desórden se produjo.

Saffar se apercebió de ello.

—¡ Á ti te toca ahora, Scarpante, ! — exclamó mostrando á la jóven.

— Si, señor Saffar — respondió Scarpante — y esta vez no se os escapará.

Aprovechándose del desórden, Scarpante llegó á arrojar sobre Amasia, á la que cogió y se esforzó en arrastrar fuera del campamento.

— ¡ Amasia, Amasia ! — exclamó Ahmet.

Quiso precipitarse hácia ella, pero un grupo de bandidos le cortó el camino; se vió obligado á detenerse para hacerles frente.

Yanar trató entónces de arrancar á la jóven de los brazos de Scarpante; no pudo llegar, y Scarpante, levantándola entre sus brazos, dió algunos pasos hácia el desfiladero.

Pero Keraban acababa de apuntar á Scarpante, y el

traidor caía mortalmente herido, después de haber saltado á la jóvenes, que intentó vanamente el reunirse con Ahmet.

— ¡Scarante muerto..... venguémosle! — exclamó el jefe de los bandidos — ¡venguémosle!

Todos se arrojaron entonces sobre Kerban y sus compañeros con un encarnamiento al cual no era posible resistir. Apresados por todas partes, aquéllos apenas podían hacer uso de sus armas.

— ¡Amasia, Amasia! — exclamó Ahmet, tratando de socorrer á la jóvenes, á la que Saffar acababa de coger y que arrastraba fuera del campamento.

— ¡Valor, valor!..... — no cesaba de gritar Kerban. Pero sentía que los suyos y él, extenuados por el número, estaban perdidos.

En aquel momento, un tiro, disparado desde lo alto de las rocas, hizo caer á uno de los saltadores al suelo. Otras detonaciones se sucedieron rápidamente. Algunos de los bandidos cayeron también, y su caída introdujo el espanto entre sus compañeros.

Saffar se había detenido un instante, buscando el motivo ó razón de aquellos tiros. ¿Era un refuerzo inesperado que llegaba al señor Kerban?

Pero ya Amasia había podido desprenderse de los brazos de Saffar, desconcertado por aquel súbito ataque.

— ¡Padre mio, padre mio..... — exclamó la jóvenes.

Era Selim, en efecto, Selim seguido de unos veinte hombres, bien armados, que corría al socorro de la pequeña caravana, en el mismo momento en que iba á ser destruida.

— ¡Sálvese quien pueda! — exclamó el jefe de los bandidos, dando el ejemplo de la fuga.

Y desapareció, con los sobrevivientes de su tropa, arrojándose á la caverna, donde se abrió, según sabemos ya, una segunda boca.

— ¡Cobardes! — exclamó Saffar viéndose abandonado. ¡Pues bien, no la tendrán viva!

Y se precipitó sobre Amasia, en el momento en que Ahmet se lanzaba sobre él.

Saffar descargó sobre el jóvenes el último tiro de su revólver: le faltó. Pero á Kerban, que no había perdido nada de su sangre fría, no le faltó. Saltó sobre Saffar, le cogió por la garganta, y le dió una puñalada en el corazón.

Un rugido fué todo. Saffar, en sus últimas convulsiones, no pudo oír á su adversario gritar:

— Toma para que aprendas á romper mi cárnage.

El señor Kerban y sus compañeros estaban salvados.

Apénas unos ú otros habían recibido algunas ligeras heridas. Y sin embargo, todos se habían portado bien (todos): Bruno y Nizib, cuyo coraje no se había desmentido; el señor Yanar, que había verdaderamente luchado; Van Mitten, que se había distinguido en la pelea, y la energía kuada, cuya pistola había resonado á menudo en lo más fuerte de la acción. Por otra parte, sin la inexplicable llegada de Selim no se sabe lo que hubiera sido de Amasia y sus defensores.

Todos hubiesen perecido, porque estaban decidi-

— ¡Padre mio, padre mio!..... — exclamó la jóvenes arrojándose en los brazos de Selim.

— Mi antiguo amigo — dijo Kerban — ¿vos..... vos aquí?

— ¡Sí, yo! — respondió Selim.

— ¿Cómo es que la casualidad os ha traído? — preguntó Ahmet.

— No es la casualidad — respondió Selim — y desde hace mucho tiempo me hubiera puesto en busca de mi hija, si, en el momento en que ese capitán la robaba de la posesion, no me hubiese herido.....

— ¿Herido, padre mio?

— ¡Sí, un tiro partió de aquella embarcacion! Durante un mes, retenido por aquella herida, no he podido abandonar á Odessa. Pero, hace algunos dias, un telegrama de Ahmet.....

— ¿Un telegrama? — exclamó Kerban, al que aquella palabra malsonante le puso repentinamente de acedo.

— Sí, un telegrama, desde Trebisonda.

— ¡Ah! era un.....

— Sin duda, tio mio — respondió Ahmet, que se abrazó al señor Kerban — y por la primera vez que me ha sucedido el enviar un telegrama sin vuestro permiso, confesad que he hecho bien.

— Sí, mal bien hecho — respondió Kerban moviendo la cabeza; — pero que no te vuelva á suceder, sobrino.

— Entonces — repuso Selim — sabiendo por ese telegrama que no estaba libre de todo peligro vuestra pequeña caravana, he reunido esos bravos servidores, llegué á Scutari, me lancé por el camino del litoral.....

— Y por Allah, amigo Selim — exclamó Kerban, habéis llegado á tiempo. Sin vos estábamos perdidos. Y sin embargo, se batian bien en nuestra pequeña tropa.

— Sí — añadió el señor Yanar — y mi hermana ha demostrado que sabía, en caso necesario, disparar un arma de fuego.

— ¡Qué mujer! — murmuró Van Mitten.

En aquel momento los nuevos resplandores del alba comenzaban á blanquear el horizonte. Algunas nubes inmóviles en el cénti estaban iluminadas con los primeros rayos del sol.

— Pero ¿en dónde estamos, — amigo Selim? — preguntó el señor Kerban — ¿y cómo habéis podido reuniros con nosotros en esta region en donde un traidor ha conducido á nuestra caravana?

— ¡Y lejos de nuestro camino! — añadió Ahmet.

— Pero no, amigos míos, pero no — respondió Selim. — Estais en el camino de Scutari, á algunas leguas solamente del mar.

— ¿De vérs? — dijo Kerban.

— Las orillas de Bósforo están allí — añadió Selim, extendiendo su mano hácia el Noroeste.

— ¿Las orillas del Bósforo? — exclamó Ahmet.

(Se continuará.)

# EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

FOR

LUIS BOUSSENARD.

Aquella situación no podía durar por mucho tiempo. Viendo que la montaña no iba á ellos, ellos irían á la montaña. La ejecución de este proyecto tan sencillo rompería la monotonía de una existencia demasiado venobítica. ¿Cómo se puede estar sin hacer nada, y mucho menos sin beber? No fueron necesarios largos discursos para resolverse en el acto á marchar, ni los preparativos ocuparon mucho tiempo. Se llenaron los pagaras de provisiones, siendo cargados en la cabeza de los desertores; las piraguas se escondieron entre las plantas acuáticas, y la partida se verificó con la mayor naturalidad. No había deserción propiamente dicha, puesto que los pieles-rojas iban á mirse al grueso de la tropa, pero sí abandono de un puesto de importancia.

Los indios siguieron la pista trazada por su capitán y el jefe blanco, pasando junto al claro situado al Norte de la Buena Madre. Una verdadera fatalidad les hizo encontrar á Carlos en el momento en que, según habia expuesto su hermano, acababa de matar el *Harpia ferox*.

Los indios de las Guayanas son generalmente inofensivos. Acogen al viajero sin cordialidad y sin malevolencia, tratan de hacer con él algun cambio que sea lo más ventajoso posible, y se retiran despues de cruzar pocas palabras sin sustancia. Respetan á los blancos y les temen, porque ademas de alcohol y tabaco, llevan fusiles.

En tiempos normales no hubiera sido aquel encuentro para el jóven Robinson más que un incidente sin la menor importancia. Por desgracia, no era Carlos un blanco vulgar. Armado á la manera india, cubierto con vestidos de tejido ordinario, con la cara y los brazos curtidos por el sol del Ecuador, su aspecto debía provocar el asombro de aquellos sencillos salvajes. ¿Era efectivamente un blanco? ¿Era un indio ó un mestizo? Dirigiéronle algunas preguntas á las que no pudo responder por ignorar aquel lenguaje.

Ademas tenían la cabeza llena con historias relativas á los oyaculetos, aquellos terribles indios de piel blanca que hablan una lengua incomprensible y viven apartados de los indigenas en desdénosa soledad.

— Quizá sea un oyaculeto—opinó tímidamente uno de ellos, sin atreverse casi á pronunciar el temido nombre.

Luego, viendo que se trataba de un niño, cobraron aliento contando su número. Eran ocho, y estaban ardiendo en deseos de romper la monotonía de sus peregrinaciones.

— ¡ Es un oyaculeto! — aullaron al unisono para animarse mutuamente.

El silencio de Carlos les dió nuevo valor á pesar de la firmeza de su actitud, y de la presencia de *Cat*, que enseñaba los dientes. Quisieron persuadirse de que era un enemigo y lo lograrán por ese extraño fenómeno psicológico, gracias al cual una idea tiene más probabilidades de alcanzar crédito cuanto más primitivas son las inteligencias que la emiten.

Carlos resistió enérgicamente á los hombres rojos que querian poner sobre él sus manos, no sólo irreverentes, sino hostiles. Empeñada la lucha, debía sucumbir. El primer paso es el que cuesta; el primer golpe es el más difícil de dar. *Cat* gruñó, pero sin atacar á sus enemigos. Los indios, siguiendo fielmente sus hábitos de prudencia, se habian frotado con *abelmosco* ántes de ponerse en camino. El jóven Robinson iba á verse en grave aprieto, y acaso le esperaba un desgraciado fin, cuando rompiéndose su blusa apareció la blancura de su epidermis de niño.

Aquella prueba indiscutible de la autenticidad de su raza hubiera debido convencer y desarmar á los salvajes. Mas no sucedió así. Se afirmaron más y más en que Carlos era un oyaculeto y de ahí no salían. Ya se preparaban á martirizarle y á darle muerte — los indios en ayunas pueden llegar á ser feroces, y si son tan inofensivos consiste en su estado de embriaguez casi permanente — cuando sus miradas se fijaron en un collar extraño que rodeaba el cuello de su víctima. Aquel collar debía de ser un *piaya* (talisman) de gran virtud, pues su influencia se manifestó en seguida con eficacia singular. Sin embargo, el joyel no tenía nada de extraordinario. Consistia en un hilo de *nabé* en el cual estaban engarzadas seis jades muy brillantes por el pulimento y del tamaño de una guinda pequeña. En el centro pendia una pepita del grueso del dedo pulgar. Este adorno habia pertencido

do á Santiago, el arauciano, quien al partir se le dió á su joven amigo por ser el objeto más preciada que podía regalarle. Rogó á Carlos que le llevase siempre como recuerdo suyo, y el adolescente le había rodeado á su cuello sin concederle importancia alguna.

De mucho le sirvió; pues los emerillonos, asombrados al ver el talisman, manifestaron á su prisionero consideraciones mil veces más singulares que su inconcebible brutalidad. Pero no por esto le dejaron libre. Al contrario, permitieron que sus manos hicieran toda clase de movimientos y ataron sus piernas de modo que pudieran andar, pero no correr.

Después de larga deliberación resolvieron llevarle á presencia de Ackoubaka, esperando que al ver al piaya se apaciguara la cólera que indudablemente debiera apoderarse de él cuando los viese, y creyendo que la tribu conseguiría grandes beneficios con la llegada del nuevo individuo. Quisiera ó no quisiera, Carlos debía ser indio.

Gracias á aquella libertad relativa de que disfrutaba, pudo escribir en una hoja de balicero al estado de su situación actual y aprovechar sus privilegios de piaya *in partibus* para hacer inviolable aquel mensaje que colocó en la pista. *Cad no* pudo, á pesar suyo, gozar de la misma comunidad. El jugar, que allentaba contra los indios un odio tan irracional como profundo, era una preocupación para los indios, los cuales no se atrevieron á herirle mortalmente, pero se saturaron de abofetoseo con tal profusión, que el pobre animal, no pudiendo resistir más, dió media vuelta una mañana emprendiendo desesperadamente el camino de la Buena Madre. Una punta de curumú hábilmente dirigida al esmoito trasero aceleró la huida, y Carlos se encontró solo, en marcha hacia un sitio desconocido hasta para sus conductores.

No obstante, atravesaron éstos al grueso de la tropa, pero por fatalidad fué algunas horas después de la salvación y partida de los Robinsones. En el claro empezaba á dominar el tumulto. Los indios, repentes de sus feroces, lanzaban lágrimas gomidas al ver sin cabeza el cuerpo de su jefe Ackoubaka. Benedicto, con el rostro hinchado, no estaba muerto y respiraba de una manera espantosa.

La llegada de la segunda tropa produjo una benéfica reacción, y sobre todo la presencia de Carlos, cuyo talisman le hizo objeto de honores increíbles. Los indios, con la veleidat inaudita que constituye el fondo de su carácter, olvidaban ya al muerto para no pensar más que en el vivo, á por mejor decir, vislumbraban la perspectiva de una franquichela por partida doble destinada á honrar la memoria del difunto y á celebrar el advenimiento de su sucesor.

Habían pensado sencillamente en elegir al joven Robinson por jefe de los emerillonos y de la fracción de los thios.

El adolescente, asombrado por aquella sucesión de acontecimientos singulares, se dejaba reverenciar con una indiferencia que aumentaba la admiración de sus futuros súbditos. El pobrecillo recordaba con dolor á los suyos, que debían estar atormentados por su prolongada ausencia, y adivinaba las angustias de su madre. Con febril impaciencia esperaba el mo-

mento de recibir su investidura á fin de llevar, si era preciso, sus vasallos á la Buena Madre, y abrazar cuanto antes aquellos seres queridos por quienes palpitaba su corazón.

Los tres forzados habían desaparecido después de la zarracina y los indios ignoraban lo que había sido de ellos. Indudablemente se habrían asesinado unos á otros para apoderarse de la pepita, único resultado tangible de su expedición. En cuanto á Benedicto, su estado requería atenciones inmediatas, y Carlos, conociendo que era un blanco, hizo señas para que se las prodigasen. Fué puntualmente obedecido sin darse cuenta de que sería causa involuntaria de un catastrófe irreparable.

El medio empleado para volver á la vida al antiguo vigilante fué tan sencillo como ingenioso. Un indio tomó dos fragmentos de cuarzo, frotándolos rápidamente uno con otro debajo de la nariz de Benedicto. Brotaron surtidores de chispas, esparciéndose por la atmósfera el olor característico de los guijeros que chocan entre sí. El piel-roja prosiguió su maniobra durante diez minutos, operando lo más cerca posible de la nariz del herido. Éste dejó de respirar con tanta fuerza como antes. Parecía que aquel olor actuaba á manera de poderoso específico sobre la hinchazón producida por el veneno de las avispas. La respiración fué haciéndose más fácil, se regularizó, y el herido pudo hablar y pedir que le dieran de beber. Había desaparecido en parte la tumefacción de las mucosas, de modo que pudo absorber sin dificultad medio cui lleno de agua.

Las manchas violáceas que jaspeaban su rostro y los bultos que obstruían sus órbitas, hinchaban su frente é hipertrofiaban sus labios, comunicándole el horrible aspecto de un leproso, fueron sencillamente recubiertas con una capa de tierra gredosa bastante blanda para aceptar la forma de la cara y arrojarse sobre los tejidos como una mascarilla. Aquella aplicación dió por resultado curar casi instantáneamente los agudos dolores que le desgarraban. Cesó de aullar y de maldecir, durmiéndose al poco tiempo.

Al día siguiente estaba curado. En sus facciones aún se veían las lividaciones de los terribles hincapiques, pero podía ver con su ojo. El otro ofrecía el mismo aspecto. Su enfermero le dió cuenta de los sucesos de la víspera, la libertad de los prisioneros, la muerte de Ackoubaka, la desaparición de sus cómplices y la llegada del presunto heredero de la corona... de plumas del rey muerto.

Benedicto, que acaso había soñado en llamarse Ackoubaka II, en sentirse majestuosamente sobre el cañon de Inadera tallada (1) y enviar á sus vasallos á trabajar en los campos de oro, pensó desde el primer instante en desterrar al representante de la futura dinastía. No consideraba difícil sustituir al

(1) Los indios esculpen groseramente en troncos de árboles sus altares, dándoles forma de cuadrángulos, rectángulos ó cuadrados. En muy pocos casos en diez de circunferencia sentados uno al lado de otro en un camino de madera, rodeando la cabeza el de más en la parte y sus subordinados, según su dignidad, las demás partes del animal hasta terminar en la cola.

recien venido aun cuando tuviese que apelar al asesinato.

Antes de hacer algo necesitaba ver al pretendiente, captarse sus simpatías y poner en juego sus astucias para el caso en que tratara de defenderse heroicamente.

Su asombro no pudo compararse sino á su furor cuando vió al jóven, cuyos facciones recordaban demasiado las de Robin y sus hijos para que el aventurero pudiera abrigar la menor duda acerca de su origen.

— ¡ Ah! — gruñó. — ¡ Todavía hay gente de su raza!... ¡ Otro hijo de ese hombre aborrecido! Espera un poco, mosquito de agua corrompida, que te voy á ajustar las cuentas.

Sin pérdida de tiempo llamó al flautista y al tamborero de Aekombaka, haciendo ejecutar á aquél una serie de escalas penetrantes y á éste unos cuantos redobles estrepitosos. Los pieles-rojas acudieron, excepto los guardianes de Carlos, y se agruparon á su alrededor. El loco dió les un largo discurso para demostrarles que aquel á quien querian investir las insignias de capitán pertenecía á la familia maldita cuyo jefe habia matado á su hechicero. Estuvo á ratos insinuando, á ratos patético y en ocasiones amenazador. Prometió montes de casabe, torrentes de cachiri, rios de ron, y terminó diciéndoles que le eligieran capitán.

Vanos esfuerzos. La antigua fórmula: «He hablado; el espíritu de mis padres me ha oído», fué recibida en medio de la mayor frialdad. Hasta entonces habia prometido mucho el blanco y habia cumplido muy poco. Su estrella menguó bastante despues de la muerte de Aekombaka. Una de dos: ó el espíritu de sus padres era cualquier cosa, ó los autores de la muerte del hechicero poseian un playa más poderoso que el suyo. Era urgente hacerse amigo de ellos. Á nada conducia hablar de historias del otro mundo, del hechicero muerto, enterrado, y á cuya memoria se habian hecho extraordinarias libaciones; ni venian á cuento aquellas consejas trasnochadas cuando el cuerpo del pobre: *Que viene ya*, privada de su cabeza, no tendria ¡ay! más que una sepultura de segunda clase.

Era necesario conjurar cuanto antes la llegada de nuevas desgracias y conferir el mando supremo á aquel hermoso adolescente, cuyo altivo rostro y robusta complexión, amén del misterioso collar, inspiraban una confianza sin límites.

Benedicto convenció á los indios. Comprendió que habia perdido la partida y renunció á luchar. Sus dos cómplices habian huído y su ascendiente sobre los pieles-rojas, á quienes no dominaba sino gracias á la presión constante ejercida sobre Aekombaka, era inútil. Así, pues, determinó retirarse al bosque, permaneciendo siempre á la vista del campamento, á fin de aprovechar los sucesos ulteriores y de provocarlos si necesario fuese.

Enrolló su hacha, llenó su morral de provisiones, cargó su carabina, y haciendo un gesto de amenaza, desapareció lentamente.

Al otro día debía verificarse la investidura del

nuevo capitán. Sus guerreros, que presentaban como él un vago peligro, una de esas sorpresas de que son víctimas los viajeros en los bosques vírgenes, se fortificaron como queda dicho. Encendieron hogueras y colocaron centinelas, encargándoles que cada cuarto de hora esparciesen sobre los carbones bayas de aquella terrible pimienta de Cayena, llamada también pimienta rabioso.

La combustión del pequeño fruto rojo de aquella solanácea produce un vapor aere, sofocante, cuya absorcion, aunque oxenta de graves peligros, produce instantáneamente los fenómenos que quebrantaron el ímpetu de los Robinsones, entregándoles indefensos á los indios.

Los machetes se levantan sobre sus cabezas, y van á morir. Pero Carlos ha oído la voz de mando pronunciada en frances, y el grito de angustia que lo sigue. Con vigor irredesible echa por tierra á su guardia de honor y franquea la muralla humana. Aparta las hojas que van á caer sobre los suyos y se arroja en los brazos de su padre.

— ¡ Padre mio!... ¡ Enrique!

— ¡ Carlos!... ¡ Hijo mio! — exclamó el proscrito, cegado todavía y sin tener despierto más sentido que el del oído. — ¡ Carlos!

El furor de los indios decayó al punto ante aquella manifestacion del jóven, cuyas voluntades eran ya otras tantas órdenes para ellos. Reúnense todos en torno á los recién llegados, aunque sus primeras intenciones eran sospechosas; pero el capitán lo quiere así. Se les bañan los párpalos, se les hace respirar poderosos antidotos, y al cabo de un momento se abren sus ojos á la luz.

Entre tanto, los miembros de la segunda tropa, ocultos entre las sombras impenetrables de la selva, no pueden contener su inquietud. Á los primeros clamores de los asaltantes, á los gritos de sorpresa y de furor de los pieles-rojas ha sucedido un lúgubre silencio. La ansiedad es tan grande, que la señora Robin, prefiriendo todo á la inmovilidad, da orden de seguir adelante.

El terror y la angustia centuplican sus fuerzas. Se lanza ligera como un pájaro en dirección á las hogueras, franquea aquel corte espacio sin reparar en los obstáculos y sin detenerse en ellos, y aparece destacando por su blancura sobre el fondo rojo como el genio del amor y de la libertad. Los indios, llenos de respetuoso terror, se precipitan á sus piés. ¡ Jamas han visto una europea!

Se detiene ella en medio del claro, y va á Carlos en el centro del grupo formado por su padre, su hermano, el bení y Nicolas. La madre se arroja á sus brazos, y el hijo, loco, delirante, se precipita en ellos, estrechándola convulsivamente. La heroica mujer, que hasta entonces no ha dado muestra alguna de debilidad, prorrumpe en sollozos. Llénanse lágrimas sus ojos, y la que permanece impassible ante el dolor, apenas puede soportar el peso de aquella dicha sobrehumana.

En aquel momento delicioso, cuando el proscrito saborea con los suyos la alegría de libertad tan inesperada, surge lentamente cerca del tronco de un

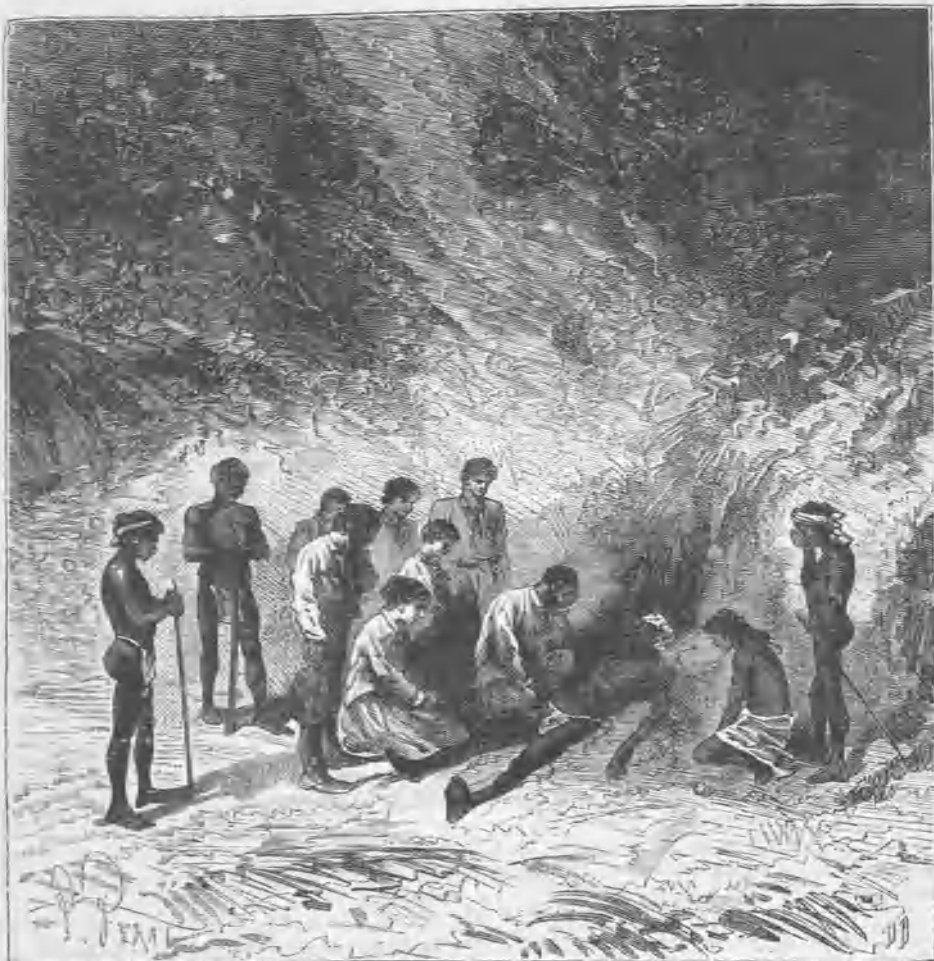
anara horrible aparición. Una figura asquerosa, repugnante, livida, sale de la penumbra. Dos ojos, en cuya mirada destellan metálicos reflejos, y una boca plegada por sonrisa de odio, dan á aquella fisonomía infernal expresión.

—¡ Es Benedicto! — va á decir Robin reconociendo al bandido, que está á quince metros.

No tiene tiempo de pronunciar ni una palabra. El cañon de una carabina aparece súbitamente apuntando hacia él y suena una detonación, y se deja oír la voz del miserable que aulla con acento de rabia satisfecha:

—¡ Para tí, Robán! ¡ Ahora cuéran los otros!

Un grito de agonía responde al disparo. El pros-



Brotan lágrimas de todos los ojos.

cripto sigue en pie, pero el pobre Casimiro ras pesadamente al suelo con el pecho atravesado por una bala. El noble anciano ha comprendido la intención del malvado. Concentrando en un supremo esfuerzo toda su vigor de octogenario, se ha lanzado hacia adelante para que su cuerpo sirva de muralla al de su amigo.

Los indios salen en persecucion del asesino, que, semejante á una fiera acosada, penetra en las malezas, desapareciendo entre las sombras de la noche.

Robin, desesperado, loco por el dolor, levanta el

cuerpo del pobre negro, el cual se queja de un modo lastimero. El proscrito hora como un niño. Brotan lágrimas de todos los ojos. Los Robinsones sollozan como si vieran agonizar á su padre.

—¡ Casimiro!... — murmura Robin con voz entrecortada. — ¡ Casimiro!

Al oír aquella voz querida el anciano entrecabré su ojo único, cubriendo al blanco con una mirada llena de cariño.

— Hijo mío, amado... no lloras — dijo con aque-



La voz de extraña música tan frecuente entre ciertos negros, y empleando su dulce lenguaje criollo — no llores, hijo mío! ¡Tu padre blanco te ha dado la vida! Tu padre negro ha tenido la felicidad de conservártela.... ¿No me llamabas también padre?.... Tú me has querido.... Tú me has hecho agradables mis últimos años.... ¡Bendito seas, hijo mío! ¡Ojalá puedas disfrutar largos días de felicidad en esta tierra donde has sufrido tanto!

Su voz temblaba y su cuerpo se cubría de manchas grises. Robín quiso inspeccionar su herida y prodigarle cuidados. La sangre salía roja y espumosa de la herida que le abrió el tórax un poco más abajo de la clavícula izquierda.

—Es inútil, querido compadre — contestó sonriendo con dulzura. — Pon la mano en el agujero para que no puerá demasiado pronto. Así. Ahora colócate bien enfrente.... a la luz.... para que te vea hasta el fin.

Robín obedeció, y sobre las facciones del moribundo brilló una felicidad indefinible.

—¡Y ahora, queridos hijos.... ¿a quienes amaré hasta mi último aliento.... adios! ¡adios, señora.... vos, tan buena, tan amable con el pobre negro!.... ¡Adios, Enrique.... Edmundo.... Eugenio.... Carlitos.... adios! ¡Adios, Nicolás, modelo también de abnegación! ¡Adios, Angosso.... Lomi.... Bacheliko.... buenos negros, que amáis á mi hijo blanco.... ¡Adios, Agela, su excelente madre!.... ¡Mi querido blanco.... tu mano!....

Robín retiró su mano, que estaba cubierta de sangre, la elevó hacia el cielo como para ponerle de testigo de su juramento, y con voz desgarradora dijo:

—¡Muere en paz! Te he querido como á un padre y siempre lloraré tu pérdida. ¡Serás vengado!

El moribundo, sobre cuyo rostro había dejado ya la muerte su helada huella, entreabrió por última vez los labios, y tuvo fuerza para murmurar:

—¡Me has enseñado á perdonar!.... ¡No le mates! Muero contento.

Dió un hondo suspiro y de su garganta salieron olas de sangre.... Aquel gran corazón no latía ya en su modesto albergue.

Robín le colocó en el suelo, cerró sus ojos, le besó con respeto en la frente, permaneciendo arrodillado cerca de él, absorto por completo en su dolor.

Aquella triste velada del muerto no se turbó por los alaridos familiares á los indios. Estos respetaban el dolor silencioso de sus huéspedes y se pusieron á su disposición con una buena voluntad verdaderamente inusitada. Mientras unos se apresuraban á terminar una hamaca nueva, destinada á servir de sudario al cadáver del anciano, otros llevaban manojos de palmas verdes, formando con ellas un espeso colchón y levantaban á toda prisa una ligera choza.

Había llegado el día sin que los Robinsones, entregados al duelo que les llenaba de pesadumbre, hubiesen pensado en destinar un momento al reposo. Tan sólo Nicolás se había distraído un instante al ver un objeto blanco, cuya naturaleza pudo reconocer á

los primeros rayos del sol. Era un pedacito de papel, arrugado y ennegrecido.

El papel es muy raro en los bosques de la Guayana. En diez años no había visto el parisiense ni un fragmento. Aquel trozo sería indudablemente el tazo de la carabina cuya bala había matado á Casimiro. Cediendo á un deseo muy natural, cogióle Nicolás á pesar de su origen lúgubre, le desarrolló sin saber lo que hacía y como si obedeciera á un secreto impulso. De una ojeada vió que estaba cubierta de caracteres de imprenta medio borrados por los productos de la combustión de la pólvora é ilegibles por un lado, pero intactos por el otro. Era un trozo de periódico.

El parisiense leyó, palideciendo intensamente. ¿Era de alegría ó de dolor? Pásose á hacer de nuevo, temiendo haberse engañado. Luego, incapaz para contener por más tiempo la emoción que le embargaba, se levantó bruscamente, y empapado de sudor, se acercó á Robín, el cual seguía inmóvil junto al cadáver de su pobre amigo.

Apretó el brazo del proscrito presentándole el papel. Robín le indicó con los ojos la silueta rígida del viujo, extendido en su lecho mortuario de verdes hojas. Aquella mirada triste parecía decirle:

—¿No puedes esperar?... ¿Por qué has de distraerme de mi pena? ¿Por qué has de robarme alguno de los últimos minutos que deba pasar á su lado?

Niñas comprendió aquella muda recriminación; pero sin dejar de insistir,

—¡Mi bienhechor!... ¡Mi amigo!... El momento es solemne. Os ruego que... leáis — dijo con voz vibrante.

Robín tomó el impreso, y leyendo rápidamente, palideció también, dando un grito sordo.

Su mujer y sus hijos, inquietos al observar aquella súbita emoción, se agruparon al rededor de él.

Volvió á leer lentamente y á oedía voz los trozos de frases, de las que una sola estaba completa.... «Clemencia.... Emperador.... crímenes y delitos políticos.... Por decreto fecha 16 de Agosto de 1859 se concede amnistía general, sin condiciones y sin excepción á todos.... en el extranjero.... en las colonias penitenciarias.... podrán volver á Francia.... promulgación.... decreto publicado en el *Boletín de las leyes*....»

Los Robinsones oían sin comprender aquellas palabras entrecortadas, cuya significación tenía un alcance capaz de transformar su existencia. Robín repuso con su acento sombrío:

—Ya no soy un hombre á quien se encarcela, un número que se inscribe en la lista de proscripción, un forzado á quien atormenta la chusma del presidio. ¡Ya no soy el fugado perseguido, la fiere acorralada, el Tigre Blanco detrás del cual aulla la trullilla de los sofocómities! ¡Soy un ciudadano libre de la Francia equinoccial!

Luego, volviéndose hácia el cadáver del anciano negro, añadió con voz alterada por la pena:

—¡Pobre amigo mío! La fatalidad quiere que mi alegría esté emponzoñada por mi dolor que no se calmará jamás!

## CAPÍTULO X.

Los últimos deberes.—Al cavar una fosa.—Descubrimiento del *Secreto del oro*.—Desprecio de las riquezas.—¿Qué hacer con ciento cincuenta kilogramos de oro?—Aquí yace un hombre honrado.—Preferente a la tumba.—Abdicación antes de la oscuridad.—Nuevos vestales.—En peregrinación.—El puerro interesante.—¿Un águila en su caverna.—El asesino y su víctima.—Devoción viva.—Hemidos en la muerte.—*La mesa Humildad*.—¿Se ha perdido para siempre el *Secreto del oro*?

Los funerales de Casimiro se verificaron al siguiente

te día. Robin quiso cumplir los últimos deberes con su antiguo amigo. Envolvió su cuerpo en la hataca tejida; durante la noche, y sin ayuda de nadie, cavó una fosa profunda, con gran asombro de los indios, que no podían concebir tan gran respeto por parte de un blanco á los restos de un negro.

Después que su amigo reposaba en aquel lugar donde en un momento de abnegación sublime había terminado heroicamente su larga existencia de amor y de gratitud. Los ábotes derribados por el barreau de



De rango que íatis.

hian ser quemados, y los Robinsones instalarían allí una choza con su horno, especie de sacristía de la Buena Madre, á donde irían á pasar de vez en cuando una temporada. Se proponían no abandonar la tumba de Casimiro.

Robin seguía excusado, y observaba que la tierra debió haber sido removida poco tiempo antes. El

trabajo avanzaba, sin embargo, con lentitud á causa de un monton de rocas pesadas cuyo conjunto demostraba que no estaban colocadas por la casualidad. Desde el fondo de la excavación las arrojaba una por una, volviendo sin cesar á su fuerza. El azadon de madera endurecida, hábilmente trabajado en forma de paguy con el machete, tocó pronto en un lecho de

hojas verdes medio marchitadas. Aquella frescura relativa probaba que la tierra había sido removida algunos días atrás.

Antes de continuar vaciló un momento.

—¿Encontraré aquí otro cadáver? ¿Seré un inconsciente profanador de tumbas?—murmuró sin atreverse á seguir.

Iba á renunciar á su empresa y á salir de la fosa, cuando su pié descalzo se hundió bruscamente, encontrado un cuerpo duro cuyo contacto hizo un rasguño doloroso en su epidermis. Se bajó, reconociendo con sorpresa la cubierta de un pagara atado con un bejuco. Tiró con fuerza de la cuerda vegetal, notando gran resistencia. Por último, después de enérgicos esfuerzos consiguió extraer el resto de junco, costándole mucho trabajo levantarle sobre su cabeza. Tan pesado era.

Púsole fuera de la excavación; pero encontró otro pagara, y otro, hasta cuatro. Barrique se acercó, y abargando la mano le ayudó á subir, abriendo después ambos los pagaras.

¡Estaban llenos de oro!

Cada uno de ellos contenía una cantidad de metal en pepitas que los Robinsones valuaron en más de ciento cincuenta kilogramos, ó sea unos cuatrocientos cincuenta mil francos.

Conocido es el soberano desprecio que todos tenían á las riquezas, y nadie extrañará que ningún grito, ninguna manifestación de alegría acogiera el hallazgo de aquella fortuna. Los indios, que ignoraban el valor del oro, acudieron llevados por la curiosidad, expresando todo el asombro que les causaba el aspecto de las pepitas, algunas de las cuales tenía un tamaño considerable.

Robin miraba con indiferencia aquel tesoro.

—¡Pobre amigo mío!—dijo como si Casimiro pudiera oírle.—¡Pobre hermano! ¡Después de haber sido mi Providencia en los días de la adversidad; después de haber sacrificado tu vida por mí, parece que después de muerto quieres darme la opulencia!

—¡Padre—exclamó Enrique—creo ser intérprete del pensamiento de mi madre, de mis hermanos y de Nicolas, que también lo es, diciéndote: ¿Qué nos importa la riqueza! ¿Qué necesidad tenemos de este oro que despreciamos! Los recursos del bosque nos bastan. Tenemos brazos para trabajar y catapos para vivir. ¿Qué nos importa la vida civilizada con sus mezquinas luchas, sus desordenados apetitos, sus necesidades ignoradas para nosotros y sus odios insaciables! Somos los *Franceses del Ecuador*, los colonos libres de esta Guayana que tanto amamos aunque haya sido para nosotros el país del destierro. Ella nos proporcionará nuestro pan y convertiremos en tierra de redención la que fué tierra maldita.

—Bien, hijos míos. Sois verdaderos hombres y estoy orgulloso de vosotros. Hágase lo que deseáis. Me considero feliz al suscribir vuestra proposición.

Y los Robinsones, sin aguardar á más, dieron un deshecho puntapié á las pepitas, que cayeron al foso revueltas con los pagaras y las piedras. Se llenó la excavación, y el terreno fué nivelado como estaba

anteriormente. Ningun vestigio podía revelar la existencia de aquel tesoro.

Los funerales, que se habían interrumpido por aquel incidente, concluyeron en medio del más profundo recogimiento, y Casimiro reposó en una tumba practicada á diez metros del hoyo. Una enorme peña rodó sobre su sepultura, empujada por sus amigos, con ayuda de los indios, y Robin, valiéndose de la punta de su machete, grabó en la roca estas sencillas palabras:

AQUÍ YACI UN HOMBRE BONRADO.

*El secreto del oro* estaba nuevamente oculto. ¿Quedaría por toda la eternidad confiado á la custodia del que fué el leproso del valle sin nombre?

Terminada la triste ceremonia, determinaron los Robinsones volver á la Buena Madre. Pero los indios, tercos como niños grandes, querían á todo trance investir á Carlos con la suprema dignidad de que aquél no se preocupaba en modo alguno. Las explicaciones hubieran sido completamente imposibles, si Angosso que, por suerte, hablaba con alguna corrección su idioma, no hubiese servido de intérprete y de mediador. Las conferencias eran interminables y la discusión amenazaba ser eterna, cuando Carlos resolvió el problema con mucho acierto.

En el transcurso de su cuatricenio, observó que un joven indio, de unos veinte años de edad, le había demostrado gran simpatía. Aquel piel-roja, de elevada estatura y de agradable rostro, parecía dotado de una inteligencia superior á la de la mayor parte de sus compañeros. Carlos pensó que había un excelente capitán. Participó esta idea á su padre, el cual le encontró muy razonable. La dificultad estaba en que le adquiriese la tribu de los thios y de los emerillones reunidos. El pretendiente á la fuerza estaba muy perplejo: mas de pronto se le ocurrió poner en el cuello de su sucesor el collar de Santiago, aquel *pa-ya* maravilloso cuya posesión era objeto de respeto tan profundo.

El joven no se había equivocado. La entrega del emblema, que verificó con la gravedad y con el ademán solenne de un monarca al conferir el *Tolson* de Oro, dió por resultado hacer entrar inmediatamente á su protegido en el disfrute de la sucesión del difunto Aekombaka.

Á propósito de Aekombaka, dirémos una palabra acerca de aquella insignificante víctima del secreto del oro. Su cadáver sin cabeza, abandonado durante una noche á las múltiples eventualidades de su permanencia en el bosque virgen, fué devorado por las hormigas de yuca. Era de esperar.

Las ceremonias de la investidura de su sucesor fueron muy cortas. Los indios no tenían ni una gota de líquido para celebrarla. Para colmo de infortunio se habían agotado todas sus provisiones y el hambre se cernía sobre ellos. Felizmente no estaba lejos la Buena Madre con sus inagotables recursos. Robin, por intermedio de Angosso, les propuso trasladarse allí, prometiéndoles albergarles y atender con abundancia á sus necesidades ulteriores.

La proposición fué acogida con entusiasmo. Púsose

la tropa en marcha, llegando sin novedad á la ranchería, cuyos huéspedes irracionales estaban abandonados desde algún tiempo. No por esto fué menos cordial la recepción, á pesar del aumento de habitantes.

Los indios se quedaron maravillados al ver aquella abundancia, fruto del trabajo de algunos hombres; trabajo continuo, metódico é inteligente. Instalaron-se con toda comodidad, según las costumbres particulares de su raza, y bien pronto ofreció la ranchería el aspecto curioso de una colonia en actividad. Las fiestas se celebraron en los días siguientes y ¡cosa rara! con una sobriedad relativa exenta de desorden. El contacto con los blancos, sus lecciones, sus ejemplos ya produciendo frutos y haciendo nacer un germen civilizador. Los progresos de aquella notable evolución fueron tan rápidos, que los pieles-rojas, felices, transformados, regenerados, solicitaron de Robín que les permitiera elegir domicilio cerca de él y formar parte de la colonia.

Es inútil decir que este permiso fué concedido en el acto. Se convino en que marchose pronto una comisión para buscar á las mujeres, los ancianos y los niños: cuya llegada duplicaría el efectivo de los franceses del Ecuador. Angosso y sus hijos abandonaron las prevenciones seculares de los hombres de su raza contra los indios, y vivían con ellos en perfecta inteligencia. Era maravilloso ver á los atletas negros, intrépidos en la caza, fuertes para el trabajo, hábiles, industrioses y complacientes, moverse familiarmente en medio de sus enemigos de la víspera, comprendiendo los beneficios de la asociación y sin pedir más que renunciar á su vida nómada para constituir una gran familia sin distinción de origen ni de color.

De este modo transcurrió un mes, sin que una ligera nube empañase el cielo de aquella tranquilidad y sin que la proverbial pereza de los indios produjera á los demás miembros de la colonia el menor aumento de trabajo. La existencia era desahogada, fácil, abundante para todos, y la fatiga casi nula. Esto dependía de que nadie trataba de sustraerse á la ley común. Las fuerzas individuales estaban multiplicadas, y era hacedero aplicarlas á las grandes empresas de instalación y de desmonte. El esfuerzo general ejercía su acción en un solo punto sin desperdiciarse nada. Un trabajo que no hubiera podido realizarse sino á costa de fatigas abrumadoras y de un tiempo considerable, quedaba terminado en pocos momentos, con gran asombro de los pieles-rojas, que ignoraban el método, practicando el derroche de las horas y de los productos naturales.

El día de la marcha de los comisionados para la aldea, situada, como se recordará, á muchos jornadas de navegación en canoa, cesó todo el trabajo. Hubo fiesta en la Buena Madre. Se despidió á los viajeros, y á propuesta de Robín se trasladó la colonia entera á la tumba de Casinóro.

El aspecto del claro en que se desarrollaron tan dramáticos sucesos había sufrido sensibles modificaciones. Las hojas de los gigantes árboles que derribó el huracán, abrasadas por los rayos del sol ecu-

atorial, habían adquirido tonos rojos, semejantes á los de nuestros bosques de encinas durante el invierno. Se acercaba el momento en que el fuego debía consumir aquellos restos, preparándose la tierra virgen.

Los Robinsons, precedidos por el jefe de la familia, avanzaron despacio en silencio hacía el sitio en que estaba su amigo. La roca que servía de túmulo se les presentó en seguida rodeada de profusión de flores. Un grito de sorpresa salió de sus pechos al ver aquel jardín embalsamado con sus brillantes corolas, sobre las cuales resplandecía un enjambre de pájaros-moscas y de mariposas.

¿Sería la mano del hada de las flores la que habría transformado en jardín la sepultura del hombre de la Naturaleza? ¿Sería el genio del oro el que manifestase aquel testimonio de dolor hacía la inocente víctima del secreto violado? ¿O acaso los misteriosos depositarios del tesoro, despreciado por los blancos, quisieron demostrar así su gratitud por tan piadosa ofrenda?

Al grito de sorpresa de los colonos respondió un grito ruidoso y como ahogado. Era una voz humana que podía reconocerse por su expresión de intolerable sufrimiento. Significó escuchándose el resuello agitado como la última resistencia de un agonizante contra el abrazo de la muerte. Robín, machete en mano, se dirigió, seguido de sus hijos, hacía el sitio apartado de donde salía el lúgubre rumor. Separó con la hoja del arma las hierbas, que al cabo de un mes habían alcanzado la altura de un metro, y se detuvo, como si le hubieran clavado en el suelo, á unos diez pasos de la tumba.

Se encontraba en el sitio donde las pepitas fueron enterradas. Un espectáculo horroroso se ofreció á su vista. Un hombre, un europeo, cubierto de andrajos, con las manos crispadas, apretando dos puñales de fierro, y por cuya barba corria sangre caliente espesa, se retorcía al borde de una excavación profunda. Uno de sus ojos, devorado por una enfermedad terrible, había desaparecido; la órbita, sin párpado, se abría, azulada como una úlcera. El otro ojo parecía privado de la vision. Los cartilagos de las orejas no presentaban más que trozos informes, y la boca, con los labios tumefactos, formaba un doble saliente en medio del rostro desfigurado. De aquellos jirones de figura humana se exhalaba un olor de putrefacción asfixiante. Robín reconoció al miserable. ¡Era Benedito!

— ¡Él! — exclamó horrorizado. — ¡Es él! ¡Ah, mí pobre Casinóro, estás vengado, y bien cruelmente!

El resuello era cada vez más agitado. El asesino tenía pocos momentos de vida. El prescripto, cuyo noble corazón no conocía el odio, se acercó, á pesar suyo, conmovido al ver aquella terrible repesalia, de la que solamente el destino era responsable. No obstante las emanaciones sofocantes, se bajó, haciendo señas á sus hijos para que se acercasen.

La mirada de Enrique sondeó el hoyo en cuyo borde se agitaba el antiguo vigilante. La excavación estaba completamente vacía. No se descubrió el menor vestigio de oro en el fondo, desembarazado de todo cuerpo extraño.

El tesoro había desaparecido.

En aquel supremo instante, el moribundo, retorciéndose á causa de una fuerte conmoción, se puso de rodillas en las desmenuadas rocas; y luego su cuerpo robusto, que luchaba desesperadamente contra la muerte, se levantó rígido, convulso. Su rostro, cuya

piel se movía hinchándose y deprimiéndose como á impulsos de oculto hormigueo, se volvió hacia los Robinsones. ¿Tendría su ojo único algún vago presentimiento de la visión? ¿Sospecharía el miserable su presencia? ¿Seguiría dominado el odio á la sensibilidad? ¿Imploraba perdón aquella mirada?



Apareció un esqueleto.

El desgraciado lanzó un grito, especie de aullido, breve, ronco, ahogado.

Entonces ocurrió una escena horrible. Su piel se agrietó, abriéndose por veinte sitios; las carnes se desprendieron; los huesos, cayendo en la tierra en medio de una verdadera lluvia de larvas blanquecinas. Apareció un esqueleto disecado vivo por ellas. Benedicto agitó el aire con sus brazos y cayó pesadamente de espaldas en el fondo del hoyo que había encerrado el tesoro.

— ¡Su víctima le ha perdonado! ¡Descanse en paz junto á ella! — dijo Robin en voz baja y triste.

— ¡Descanse en paz! — contestaron los Robinsones.

Por segunda vez se llenó la fosa, y en seguida desapareció toda huella de los asquerosos restos de la última víctima del *secreto del oro*.

Los jóvenes y su padre volvieron al claro, participando á su madre, que ya estaba inquieta, aquel extraño y dramático suceso.

— Es horrible — repetían sin cesar Enrique y sus hermanos. — ¡Desgraciado! Era muy culpable; pero ¿cómo ha debido sufrir!

— No hay nada que pueda dar idea de tales tormentos. Quizas ha estado ahí durante muchos días, cerca de esa fosa abierta, de la que habían volado todas sus esperanzas. Incapaz para moverse, presa de una enfermedad terrible, ha sentido su cuerpo devorado, trozo á trozo, sin que la muerte acudiera á librarle del martirio.

— ¿Qué enfermedad es esa?

— Ha sucumbido por los ataques de un insecto más temible que todas las fieras, que todos los insectos y que todos los reptiles que pululan en las soledades del Nuevo Mundo. Es la *mosca-kamintora*.

— ¿Esa mosca tendrá un aspecto formidable?

— No, hijos míos, al contrario. La mosca antropófaga, llamada por los naturalistas *lucilla-homiuivora*, parece inofensiva. No tiene el aguijón punzante de la mosca loca, ni el dardo envenenado del escorpión, ni la trompa emponzoñada del cinife. No presenta, á primera vista, ningún carácter alarmante para su víctima; al verla se cree que es la mosca vulgar, cuyo tamaño y zumbido tiene iguales. Generalmente habita en los grandes bosques. Se introduce en las fosas nasales á en las orejas del hombre dormido, deposita allí sus huevos y se mueve tranquilamente. Aquel hombre está perdido, y la ciencia, con todos sus recursos, es impotente para salvarlo. En efecto, esos huevos, gracias á la temperatura ambiente y al foco de desarrollo en que se encuentran, experimentan una rápida transformación. El individuo los empuja, por decirlo así. Al cabo de un tiempo de incubación bastante corto, sufren una primera metamorfosis y se convierten en larvas. Los senos frontales, las fosas de la nariz y la cavidad media de la oreja son los receptáculos en que se realiza aquel fenómeno.

Las larvas abundan entonces en el espesor del tejido muscular, de cuya sustancia se alimentan, sustituyendo á la carne como el polvillo al huevo que le nutre. Abdan la piel de los huesos, ocupando el lugar de los músculos, y se agitan bajo la epidermis antes de perforarla, hasta el momento en que, trocados en insectos imperfectos, se han á volar. El infeliz disecado en vida de este modo, sucumbe fácilmente á un cuando, como yo lo he visto en el hospital de San Lorenzo, se consiga librarlo de las larvas mediante una medicación enérgica. En efecto, los desórdenes inflamatorios causados por la presencia de tales insectos en la proximidad del cerebro producen una meningocefalitis, siempre mortal.

— Eso es espantoso. ¿Estamos expuestos á semejante catástrofe mientras dormimos?

— Tranquilízase, hijos míos. El doctor C..., que ha estudiado las costumbres de esos terribles himenópteros, ha observado que atacan con preferencia á las personas enfermizas, y sobre todo á las que despiden mal olor por la nariz. Este olor las atrae como el de la carne corrompida sobre la que se arrojan ávidamente ciertos animales y las aves de rapina.

— ¿Y crees tú, padre, que no hay remedio contra esa plaga?

— Dices bien, es una plaga. Por fortuna es bastante rara. La mayor parte de las tentativas no ha dado resultado satisfactorio, aunque los ensayos se han hecho en gran número. Se ha empleado sucesivamente esencia de trementina, cloroformo, éter y bencina. Estas sustancias, aplicadas en los mismos focos de infección, han producido emisiones de larvas que salían á centenares de las orejas, de las fosas nasales, de los trayectos fistulosos consecutivos á la pérdida de sustancia orgánica. La bencina es el único agente que hasta ahora ha impedido el progreso del mal. Es preciso, además, que la enfermedad sea atacada desde el principio, y que las larvas no hayan llegado al cerebro.

— ¡Qué muerte tan horrorosa! — dijo estremeciéndose Eugenio, á quien perseguía el recuerdo de la agonía del miserable.

— ¡Qué espantosa expiación!

— Aquel hombre era nuestro ángel malo. Desde hoy estamos libres de esa amenaza que como una espada de doble filo se hallaba sobre nuestras cabezas: ¡su odio..., la proscripción! ¡Ha muerto!... ¡Estoy libre!... ¡Que no pueda estrechar contra mí su brazo al que me recogió moribundo, salvándome y concediéndome su cariño! La felicidad que proporcionó á mí alma esa palabra mágica: ¡Libertad! está envenenada para siempre. Y ahora, hijos míos, comienza una nueva vida para los Robinsones de la Guayana. Hemos sido los naufragos de aquel huracán que asoló la madre patria, aniquilando tantas existencias y haciendo derramar tantas lágrimas. Durante largos años la estado á punto de ser violado este asilo que nos ofrecieron en su guarda las fieras, menos crueles que los hombres. Teníamos que huir del contacto del hombre primitivo y del contacto del que se enorgullece por estar civilizado. Nos estaba prohibido, bajo severas penas, completar nuestra obra de colonización, convidando al banquete de la inteligencia á los que desde muchos años atrás se desconocían y se odiaban en medio de nuestro país adoptivo. Ya no basta arrancar á la tierra sus secretos, desmontar, plantar y recoger. Nuestra misión es más elevada. Tenemos que destrozarnos el terreno de otras malezas, sanear otros pantanos y hacer germinar otras semillas. Me habéis comprendido. En este suelo, fecundado por nuestro trabajo y que está deseando producir, viven hombres cuyos espíritus exigen análogo cultivo y más asiduos cuidados. La magnitud de la empresa es digna de nuestro valor. ¡Á mí, hijos míos! ¡Á trabajar, franceses del Ecuador! ¡Adelante, vanguardia de la civilización! ¡Improviseemos aquí un túnel de Francia, conquistemos para nuestra patria los hombres y la tierra, salvemos del aniquilamiento esta raza india que se extingue, y colaboremos con todas nuestras fuerzas en la prosperidad de nuestra Francia equinoccial!

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

# SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Siempre que después de una cuesta detenía Bob su caballo para dejarle respirar, bajábamos del carro y poníamos el oído en tierra para escuchar; pero ni Mattia, que le tenía muy fino, percibía ningún ruido sospechoso; viajábamos en medio de la oscuridad y del silencio de la noche.

No sólo nos ocultábamos debajo del toldo por temor de que nos descubriesen, sino para resguardarnos del frío, pues hasta un ratito que soplaban un viento glacial. Cuando pasábamos la lengua por los labios notábamos cierto sabor á sal; era que el mar estaba próximo. Pronto descubrimos una luz que desaparecía por intervalos regulares para después aparecer con mayor brillo; era un faro, y nos indicaba que estábamos cerca del puerto. Bob detuvo su caballo, y llevándole al paso, le guió por un atajo; se apeó y nos dijo que le esperásemos allí porque iba á ver si su hermano estaba en el puerto y si podría embarcarnos en su buque.

El tiempo que Bob estuvo ausente me pareció larguísimo. Estábamos callados y solamente oíamos el choque de las olas en la playa á poca distancia y con un ruido monótono que aminoraba nuestra emoción. Mattia temblaba lo mismo que yo.

—Tengo frío—me dijo en voz baja.

¿Sería verdad? Lo que puedo decir es que cuando alguna vaca ó algun carnero de los que había en los prados que el camino atravesaba, mugían ó tropezaban en las piedras, nos hacía más impresión el frío y temblábamos como azogados.

Por fin oímos un rumor en el camino que siguió Bob. Sin duda volvía y se iba á decidir mi suerte.

No venía solo. Cuando se acercó á nosotros vimos que le acompañaba una persona; era un hombre vestido con una chaqueta de tela embreada y cubierto con un gorro de lana.

—¿Quiéneis á mi hermano—dijo Bob—que accede á que os embarquéis en su buque; él os conducirá y ahora es preciso que nos separemos, pues nadie debe saber que yo he venido aquí.

Quise manifestar mi gratitud á Bob, pero me cortó la palabra dándome un apretón de mano.

—No hablemos de eso—dijo—es preciso ayudarse mutuamente; ya nos veremos alguna vez; por ahora estoy contento al ver que he podido prestar un servicio á Mattia.

Seguimos al hermano de Bob y no tardamos en cruzar las silenciosas calles de la población; después

de dar algunas vueltas nos encontramos en un muelle y el viento de la mar nos dió en el rostro. Sin decir una palabra el hermano de Bob nos señaló con la mano un buque aparejado de balandra; comprendimos que era el suyo, y pocos minutos después estábamos á su bordo; una vez allí nos hizo bajar á un pequeño camarote.



Seguimos al hermano de Bob.

—Saldrémos dentro de dos horas—dijo;—estad quietos y no hagáis ruido.

En cuanto cerró con llave la puerta del camarote, se arrojó Mattia en mis brazos y me besó.

Ya no temblaba.

## CAPÍTULO XL.

### EL CISNE.

Después de salir el hermano de Bob reinó en el buque el mayor silencio, y no se oía más que el rumor del viento en la jarcia y el choque del agua contra el casco; luego se sintieron pasos en el puente; cayeron las cuerdas, rechinaron los motores, cruje-

ron las cadenas, dió vueltas el cabrestante, se izó una vela, gimió el timon, é inclinándose la balandra sobre el costado izquierdo, empezó á dar cabezadas. Estábamos en marcha y yo me había salvado.

Lento y suave en un principio, no tardó aquel balanceo en ser más rápido y duro; hundíase la proa y bruscos golpes de mar azotaban la roda del buque y el costado de estribor.

— ¡Pobre Mattia! — dije á mi camarada cogiéndole por la mano.

— No importa — dijo — lo principal es que te hayas salvado, aunque yo nunca lo dudé. Cuando íbamos en el carro veía el viento que agitaba las copas de los árboles y pensaba que tendríamos baile en el mar; ya estamos bailando.

En este momento se abrió la puerta del camarote.

— Si queréis subir al puente — nos dijo el hermano de Bob, podéis hacerlo; no hay peligro.

— ¿Dónde se está ménos incómodo? — preguntó Mattia.



El Eclipse.

— Acostado.

— Muchas gracias, aquí me quedo.

Y se tendió sobre las tablas del pavimento.

— El grumete os traerá lo que necesitéis — dijo el capitán.

— ¡Gracias! Desearía que viniese pronto — dijo Mattia.

— ¿Ya?

— Hace tiempo que he empezado.

Quise quedarme junto á él, pero me envió al puente repitiendo:

— No importa; lo principal es que te hayas salvado; nunca hubiera creído que me fuese agradable experimentar los terribles efectos del mareo.

Cuando llegué al puente, no pude estar en pié sino cogiéndome con fuerza á una cuerda. En toda la extensión del mar que la vista podía descubrir en las profundidades de la noche, no se veía más que una capa de blanca espuma sobre la cual se deslizaba nuestro pequeño barco inclinado como si fuera á zozobrar; pero no sucedía así; por el contrario, se levantaba con ligereza lamiendo la superficie del agua, saltando sobre las olas á impulsos de un viento del Oeste.

Volví la vista hácia la tierra; las luces del puerto se habían reducido á puntos luminosos apenas perceptibles entre la oscuridad y la bruma; viendo cómo se debilitaban y desaparecían unos despues de otros,

di un adiós á Inglaterra experimentando el dulce placer de la libertad.

— Si el viento continúa soplando como ahora — me dijo el capitán — llegaremos á Isigny esta noche; el *Eclipse* es muy velero.

¡Todo el día embarcados, pobre Mattia!; Él, que tanto gozaba entónces sintiendo las ansias del mareo!

Sin embargo, transcurrió el día y yo pasé el tiempo yendo del puente al camarote y del camarote al puente; estando en una ocasion hablando con el capitán extendió éste su mano en direccion al Sudoeste y descubri una columna blanca muy elevada que se destacaba sobre un fondo azulado.

— Barfleur — me dijo.

Bajé rápidamente para llevar aquella noticia á Mattia: estábamos á la vista de Francia, pero todavía hay una larga distancia entre Barfleur é Isigny, pues ántes de entrar en el Vire y en el Aure es preciso costear toda la península de Cotentin.

Como era demasiado tarde cuando el *Eclipse* atracó al muelle de Isigny, el capitán nos permitió que durmiéramos á bordo y hasta la mañana siguiente no nos separamos de él, despues de manifestarle como debíamos nuestro profundo agradecimiento.

— Si queréis volver alguna vez á Inglaterra — nos dijo al estrecharnos la mano — el *Eclipse* sale de aquí todos los mártes y está á vuestra disposicion.

Era muy delicada aquella oferta, pero ni Mattia ni



ya podíamos aceptarla, pues teníamos razones poderosas para no atravesar el mar tan pronto.

Desembarcamos en Francia sin más que nuestros vestidos y nuestros instrumentos, gracias á Mattia, que tuvo la precaucion de tomar mi arpa, que dejé en la tienda de Bob la noche en que fui á la posada de la *Gran Encina*. En cuanto á nuestros zurrones, se habian quedado con lo que contenian en uno de los carrajes de la familia Driscoll; esto nos ponía en grave apuro, pues no podíamos volver á nuestra vida errante sin camisas, sin medias, y sobre todo sin un mapa. Afortunadamente conservaba Mattia doce francos y la parte de ganancia procedente de nuestra asociacion con Bob y sus compañeros, que ascendia á veintidos *shillings*, ó sea veintisiete francos cincuenta céntimos; es decir, que poseíamos la cantidad, considerable para nosotros, de cuarenta francos. Mattia quiso dar aquella suma á Bob para sufragar los gastos de nuestra evasion; pero Bob le respondió que no estaba acostumbrado á que le pagasen los servicios por amistad, negándose á recibir el dinero.

Lo primero que hicimos al salir del *Eclipse* fué adquirir un morral viejo de soldado y comprar en seguida dos camisas, dos pares de medias, un trozo de jabon, un peine, hilo, botones, agujas y, en fin, lo que nos pareció más indispensable todavía que aquellos objetos de tanta utilidad: un mapa de Francia.

En efecto; ya que estábamos en aquel país, ¿hacia dónde nos dirigiríamos? ¿Cuál camino debíamos tomar?

Este fué el tema de nuestra discusión al salir de Isigny por el camino de Bayeux.

—Por mi parte—dijo Mattia—no doy la preferencia á este ó al otro camino, y estoy dispuesto á ir lo mismo á la derecha que á la izquierda; solamente reclamo una cosa.

—¿Cuál?

—Seguir la corriente de un río, ó de un canal, porque tengo una idea.

Viendo Mattia que yo no le preguntaba cuál era aquella idea, continuó:

—Veó que es preciso explicarte mi idea: cuando Arturo estaba enfermo, madame Milligan le buscaba embarcado, y por esta causa encontraste tú al *Cisne*.

—Ya no está enfermo.

—Bueno, está mejor; pero ha estado muy enfermo y solamente han podido salvarle los cuidados de su madre. Pues bien; mi idea descansa en que para curarle por completo, han le pasea madame Milligan por los ríos y canales en que puede navegar el *Cisne*; es decir, que si seguimos la corriente de esos ríos ó de esos canales, tenemos probabilidades de encontrar al *Cisne*.

—¿Y quién nos asegura que el *Cisne* está en Francia?

—Nadie, es cierto. Sin embargo, como el *Cisne* no puedé darse á la mar, es de suponer que no haya salido de Francia, y así es más fácil que le encontremos. Aun cuando no tuviéramos más que una probabilidad, ¿por qué no habíamos de aprovecharla? Yo quiero que encontremos á madame Milligan, y

creo que no debemos dejar de hacer nada por conseguirlo.

—Pero, ¿y Lisc, Alexis, Benjamin, Etienne?

—Los veremos al mismo tiempo que buscamos á madame Milligan: es preciso que lleguemos á un río ó á un canal. Vestimos en tu mapa cuál es el río que está más próximo.

Extendí el mapa sobre la hierba del camino, y buscamos el río más inmediato; pero no había otro sino el Sena.

—¡Pues bien! Vamos al Sena—dijo Mattia.

—El Sena pasa por París.

—¿Y qué importa eso?

—Mucho; he oído decir á Vitalis que cuando se quiere encontrar á alguien, es preciso buscarle en París. Si la policía inglesa me persiguiese por el robo de la iglesia de San Jorge, no quisiera que me encontrase. Para eso no valia la pena de haber salido de Inglaterra.

—¿Pero la policía inglesa puede perseguirte en Francia?

—No lo sé; mas por si puede, lo mejor es no ir á París.

—Me parece que se puede seguir el curso del Sena hasta las cercanias de París, dejarle y volverle á tomar luego; no tengo ganas de encontrar á Garofoli.

—Eso si es posible.

—Pues bien, hagámoslo; preguntaremos á los marineros y remolcadores de la orilla del río, y como el *Cisne* no se parece en nada á los barcos usuales, les habrá llamado la atencion si ha pasado por el Sena; si no le hallamos en este río, le buscaremos en el Loire, en el Garonne, en todos los de Francia, y acabaremos por encontrarle.

No tenia ninguna objecion que hacer al proyecto de Mattia, y por consiguiente, quedó resuelto que siguiéramos el curso del Sena remontándole por la orilla.

Después de haber pensado en nosotros, era natural que pensáramos en *Capi* que, teñido como estaba, de amarillo, no me parecia el mismo *Capi*; compramos jabon blando, y en el primer arroyo que encontramos dimos principio á la operacion de frotarle, relevándonos cuando nos cansábamos.

Pero el tinte de nuestro amigo Bob era de superior calidad; á pesar de numerosos baños y de prolongadas enjabonaduras, necesitamos algunas semanas para que *Capi* recobrase su primitivo color. Felizmente en Normandia abunda el agua y le pudimos lavar todos los días.

Llegamos al Sena por La Bouille, pasando ántes por Bayeux, Caen, Pont-l'Éveque y Pont-Audemer.

Cuando desde lo alto de las colinas cubiertas de arbolado y al salir de un recodo del camino después de una jornada fatigosa vió Mattia el Sena, describiendo una amplia curva, en cuyo centro nos hallábamos, deslizándose lentamente sus tranquilas aguas cubiertas de buques con blanquisimas velas, y de vapores cuyo humo subía hasta nosotros, declaró que aquella perspectiva le reconciliaba con el agua, y que comprendia el placer de navegar por aquella mansa

corriente, en medio de las verdes praderas, de los campos cultivados y de los sombríos bosques que formaban el marco de aquel risueño cuadro.

—Puedes estar seguro de que madame Milligan ha paseado á su hijo enfermo por el Sena— me dijo Mattia.

—Pronto lo sabrémos preguntando á las gentes del pueblo que está ahí debajo.

Pero yo ignoraba que no es empresa fácil interrogar á los normandos, quienes rara vez contestan de una manera clara y precisa, y responden preguntando.

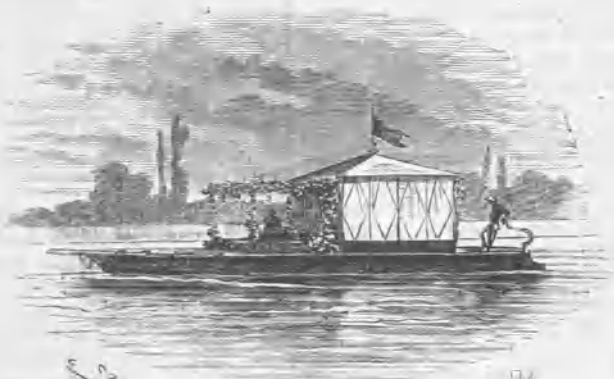
—¿Preguntais por algun barco del Havre ó Rouen?

¿Es una barquilla, es una lancha, un ponton ó una balandra?

Despues de responder á todas las preguntas que nos hicieron, sacamos en consecuencia que ningún habitante de La Bouille habia visto al *Cisne*, y que si pasó por allí sería durante la noche.

Desde La Bouille nos dirigimos á Rouen, y una vez allí, comenzamos nuestras investigaciones, sin resultado satisfactorio; en Elbeuf tampoco nos pudieron dar razon del *Cisne*, y lo mismo sucedió en Poses, donde hay esclusas, y por consiguiente, se ven todos los barcos que pasan.

Seguimos adelante sin desanimarnos y preguntan-



El Cisne.

da siempre, aunque sin esperanza, porque el *Cisne* no habia podido tomar ninguna direccion lateral. Se comprendia que Mme. Milligan y Arturo podían haberse embarcado en Quillebeuf ó en Caudebec y aun en Rouen; pero si no descubriamos huellas de su paso, era preciso ir hasta Paris, y acaso más allá.

Obligados á ganar el sustento diario, empleamos cinco semanas en ir desde Isigny á Charenton.

Una vez en este punto se presentaba el problema de si debíamos seguir la corriente del Sena ó la del Marne. Siempre que examinaba el mapa me hacia esta pregunta, pero nunca encontré razones que hicieran preferible un camino á otro.

Felizmente, al llegar á Charenton no hubo motivo de duda, porque despues de preguntado nos dieron noticia de un barco que se parecia al *Cisne*; un barco de recreo con una especie de marquesina.

Tan alegre se puso Mattia, que empezó á bailar en el muelle; acabada la danza tomó el violín y tocó frenéticamente una majestuosa marcha triunfal.

Ento tanto, yo seguí preguntando al marinero que nos dió la noticia, y sus respuestas dispararon todas mis dudas: en efecto, era el *Cisne*, y haría unos dos meses que habia pasado por Charenton, subiendo el Sena.

¡Dos meses! Este tiempo le daba una gran delantera para nosotros. ¡Pero no importaba! Andando sin cesar llegaríamos á encontrarle, aunque no tu-

viéramos otro medio de locomocion que nuestras piernas, mientras él tenia las de dos buenos caballos.

La cuestion de tiempo era secundaria; lo principal, lo extraordinario, lo maravilloso era haber encontrado al *Cisne*.

—¿Quién ha tenido razon?— exclamó Mattia.

Si me hubiera atrevido le hubiese confesado que mi esperanza era también muy viva; pero no me decidí á precisar por mí solo todas las ideas, todas las locuras que revoloteaban en mi exaltada fantasia.

Ya no teníamos necesidad de detenernos para preguntar á las gentes; el *Cisne* iba delante de nosotros y no habia más que seguir el curso del Seine.

Pero en Moret, donde el Loing afluye al Sena, fué preciso volver á preguntar.

El *Cisne* ha subido por el Sena.

En Montereau pedimos noticias.

Esta vez ha dejado el *Cisne* el Sena para remontar el Jonne; hace más de dos meses que ha salido de Montereau, llevando á su bordo una señora inglesa y un niño extendido en una cama.

Nos acercamos á Lise al mismo tiempo que vamos en pos del *Cisne* y el corazon me late con violencia cuando, mientras estudio el mapa, me pregunto si desde Joigny habrá escogido Mme. Milligan el canal de Bourgogne ó el de Nivernais.

Llegamos á la confluencia del Jonne y del Arme-

con; el *Cisne* ha continuado subiendo el Jonne; es decir, que vamos á pasar por Drenzy y á ver á Lise; quizás ella misma nos hable de madame Milligan y de Arturo.

Desde que empezamos á correr detras del *Cisne* no poníamos cuidado en nuestras representaciones, y *Capí*, que era un artista concienzudo no comprendía nuestro apresuramiento: ¿por qué no le permitíamos permanecer gravemente con la bandeja en la boca delante del «respetable público» que tardaba en echar mano al bolsillo? Es preciso saber esperar.

Pero nosotros no esperábamos, y de este modo disminuían las ganancias y también el resto de los cuarenta francos. Léjos de hacer ahorros, tirábamos pellicozos á nuestro capital.

—Despachemos—decía Mattia;—vamos en busca del *Cisne*.

Y yo decía como él: Despachemos.

Cuando llegaba la noche no nos quejábamos de cansancio, aunque la jornada hubiera sido larga; por el contrario, siempre estábamos de acuerdo en partir al amanecer del siguiente día.

—Despiértame—decía Mattia, que era un poco dormilón.

Cuando le despertaba no tenía pereza para levantarse.

Con el objeto de hacer economías habíamos reducido nuestros gastos, y como hacia calor, declaró Mattia que no era conveniente comer carne; nos contentábamos con un pedazo de pan, un huevo cocido, que dividíamos entre los dos, ó bien un poco de manteca, y aunque estábamos en el país del vino, no bebíamos más que agua.

¡No importaba!

Sin embargo, algunas veces le daban á Mattia vehementes ataques de gula.

—Me alegraría que Mine, Milligan tuviese aún aquella cocinera que te hacía tan buenas compotas; ¡qué cosa tan exquisita deben ser los albaricoques en dulce!

—¿No los has comido nunca?

—He comido pasteles de manzana, pero jamás he probado la tarta de albaricoque. ¿Qué son esas cosas blancas que están pegadas á los dulces amarillos?

—Almendras.

—¡Oh!

Y Mattia abría la boca como si fuese á tragar una tarta entera.

El Jonne corría en zig-zag entre Joigny y Auxerre, y como nosotros seguíamos la carretera, ganamos algun tiempo sobre el *Cisne*; pero desde Auxerre volvimos á perderle, pues habiendo tomado el canal del Nivernais, pudo avanzar deprisa por sus tranquilas aguas.

En cada esclusa recibíamos noticias nuevas, pues en aquel canal, donde la navegacion es poco activa, todo el mundo habla notado un barco tan diferente de los que por allí solían verse.

No sólo nos hablaban del *Cisne*, sino también de madame Milligan, una señora inglesa muy buena, y de Arturo, un jóven que casi siempre estaba tendido en un lecho colocado sobre el puente, al abrigo de

una marquesina guarnecida de flores, y que se levantaba algunas veces.

Segun esto, Arturo estaba mejor.

Nos acercábamos á Drenzy, faltaban dos días, luego uno, y por fin, tan sólo algunas horas.

Descubrimos la arboleda en que habíamos jugado con Lise en el otoño anterior, y la esclusa con la casita de la tía Catalina.

Sin decirnos una palabra, pero pensando lo mismo, forzamos el paso Mattia y yo, y acabamos por echar á correr; *Capí* se lanzó delante de nosotros al galope.

Va á decir á Lise que llegamos, para que salga á recibirnos.

Sin embargo, no sale Lise de la casa, y en cambio venimos venir á *Capí* con el rabo entre piernas como si le hubiesen asustado.

Nos detuvimos en el acto tratando de averiguar la causa de aquella huida. Pero sin preguntarnos nada comprendimos la marcha nuevamente.

Llega *Capí* un tanto mustio hasta nosotros, y se coloca á retaguardia.

Un hombre se dispone á levantar una compuerta de la esclusa; pero no es el tío de Lise.

Nos acercamos á la casa y vemos á una mujer desconocida que se ocupa en arreglar su cocina.

—¿Está la esposa de Suriot?—preguntamos.

La mujer nos miró ántes de contestar, como si la hubiéramos hecho una pregunta inconcebible.

—Ya no está aquí—respondió por fin.

—¿Pues dónde está?

—En Egipto.

Mattia y yo nos miramos con la mayor sorpresa. ¡En Egipto! No sabíamos á punto fijo qué era Egipto y dónde estaba aquel país; pero sospechamos que estaría muy lejos, quizá al otro lado de los mares.

—¿Y Lise? ¿Conoceis á Lise?

—¡Ya lo creo! Lise se ha ido en el barco de una señora inglesa.

¡Lise en el *Cisne*! ¿Estaríamos soñando?

La mujer se encargó de recordarnos que estábamos despiertos.

—¿Sois vos Komi?—me preguntó.

—Sí.

—Pues bien; cuando Suriot se ahogó...—dijo.

—¡Ahogado!

—Sí, se ahogó en la esclusa. ¡Ah! ¿No sabiais que Suriot había caído al agua y que pasando un lanchon por encima de su cuerpo se quedó cogido por un clavo? Son gajes del oficio. En cuanto Suriot murió, Catalina se encontró en grave apuro, aunque es una mujer que sabe dónde tiene su mano derecha. ¡Pero qué queréis! Cuando falta dinero no se puede fabricar, y á ella le fallaba. Es verdad que la ofrecían llevarla á Egipto para criar al hijo de una señora de quien habia sido nodriza; pero lo que la impedía aceptar aquella proposicion, era su sobrina Lise.

(Se continuará.)

## ENTIERRO DE LOPE DE VEGA.

(CUADRO DE SUAREZ LLANOS.)

Ofrecemos á nuestros lectores en el presente número una reproducción del cuadro debido al hábil pincel del celebrado pintor Sr. Suarez Llanos, uno de los más celebrados del citado pintor, muerto cuando todavía hubiera podido dar gloria y nombre á su patria.

## FRANCKLIN.

(Continuación.)

Formó Franklin más adelante un plan de instrucción pública, y abrió para realizarlo una suscripción que excedió á sus esperanzas. Entraba en su plan la formación de un establecimiento que se llevó inmediatamente á cabo y que es hoy el Colegio de Filadelfia. Abrió también una suscripción para fundar dos hospitales, destinado el uno á los enfermos y el otro á los pobres. Para mejorar la legislación del país, propuso importantes medidas que revelaban sus altas dotes de hombre de bien y hombre político. Acarició la idea de dar á las colonias una existencia propia; asoció á ella otros ciudadanos notables, y de esta asociación resultó el proyecto llamado *Albion-plan*, por ser éste el nombre del lugar en que se celebraron las conferencias. Su plan se estrelló en el espíritu democrático de la Asamblea que lo consideró demasiado realista, y en el carácter avasallador del Gabinete inglés, que lo desaprobó por demasiado popular. Consistió este plan, pura y simplemente, en regir las colonias por medio de un gobierno central; administrado por un presidente de mandamiento Real, auxiliado por una asamblea representativa, cuyos miembros debían ser elegidos á proporción de la cuota de contribución pagada por cada provincia. Para vencer la repugnancia de la metrópoli se trasladó á Londres, donde todas sus gestiones fueron inútiles, lo que no impidió que se quedase allí como agente del Estado de Pensylvania. Contrajo relaciones con los sabios más notables, y su amor á las ciencias le valió el nombramiento de individuo de la Sociedad Real de Londres y de otras varias academias europeas. En América, á donde regresó en 1762, fué recibido con mucho entusiasmo, y reelegido durante su ausencia representante de la Asamblea de Filadelfia, tomó en ella asiento con aplauso de todos sus conciudadanos, que habían fundado en él las más legítimas esperanzas.

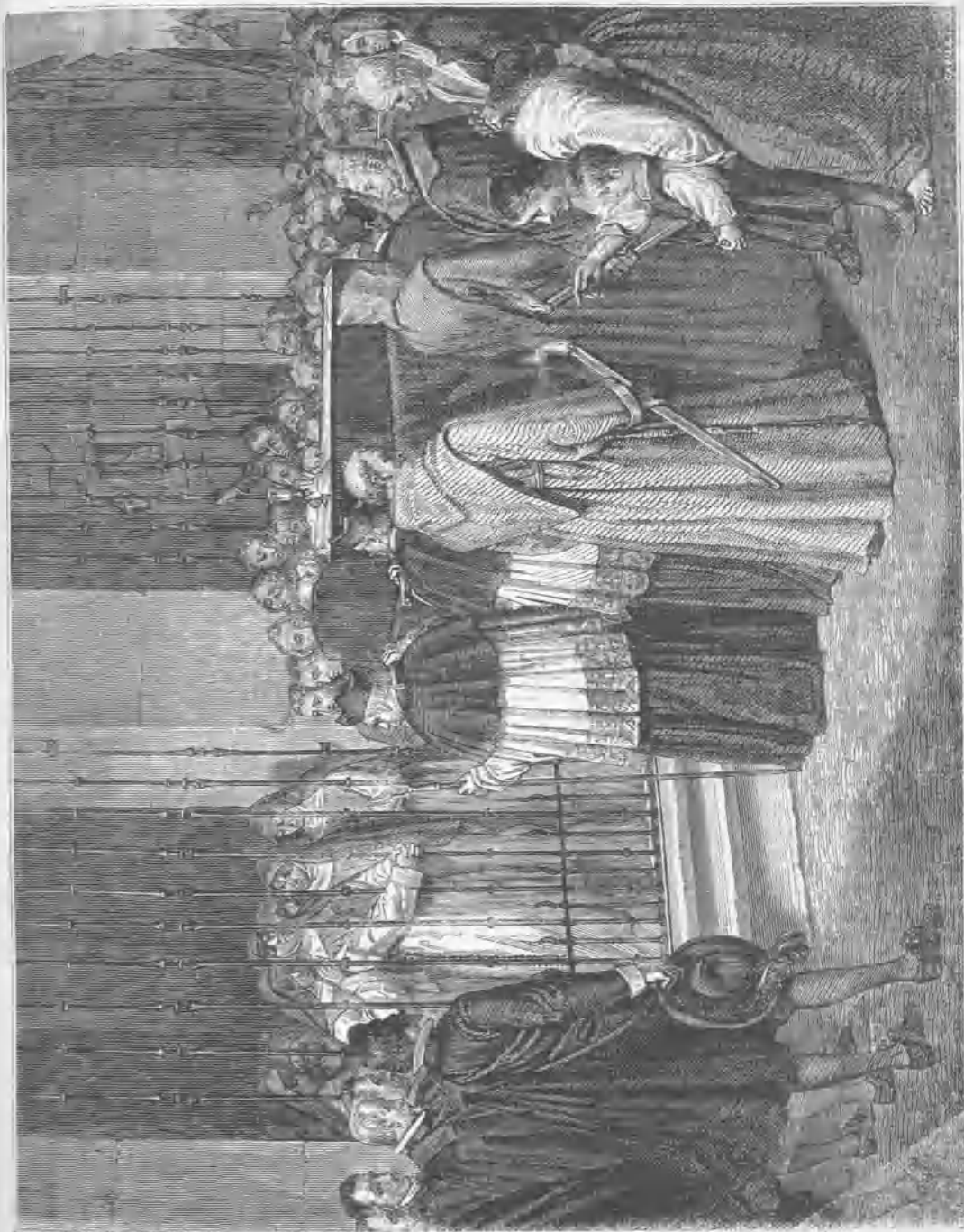
Volvió de nuevo á Londres con el mismo carácter con que había ido antes, y llamado á la barra en la Cámara de los Comunes, produjo con su elocuencia y su firmeza una honda sensación en el ánimo de todos los diputados. En su discurso, sumamente sintético, que le abrazaba todo, resultaba en medio de la sencillez de las frases una intención siempre epigramática. Inmensa fué su alegría cuando supo que

había conseguido la revocación del derecho de timbre ó registro sobre todas las transacciones americanas, y sus esfuerzos le valieron en su patria los aplausos más ardientes con que puede manifestarse el entusiasmo. Mas no por eso dejaron los americanos de dar pruebas de repugnancia á ciertas medidas del Gobierno inglés, que quiso en vano calmar la agitación revocando otros nuevos derechos que acababa de imponer á las mercancías coloniales, siendo él té la única exceptuada. Esta producción fué arrojada al mar por el pueblo; la Inglaterra recurrió entonces á medidas violentas, y aquí empieza el célebre drama que tuvo por epílogo la emancipación completa de aquellas riquísimas colonias.

Magnífico papel le tocó á Franklin desempeñar en aquella inmensa crisis. Predijo á los hombres de Estado de Inglaterra el resultado de aquella lucha, y fué tal como él lo había previsto. En 1773 envió á la Asamblea de Pensylvania muchas cartas dirigidas al Gobierno inglés por el gobernador general Hutchinson y el teniente general Olivier, y estas cartas, en que los americanos eran tratados con el mayor desprecio, excitaron de tal modo su indignación, que ya toda avenencia fué imposible. Se formó causa á Franklin, que fué objeto de toda clase de injurias y apenanzas. Á todas contestó el filósofo con el más soberano desden, limitándose á rechazar con un ademán lleno de dignidad los más groseros ultrajes. Perdió el empleo de director general de Correos de América, y regresó á su patria para salvarse ó perecer con ella. Su patriotismo no le permitía sobrevivir al naufragio común. Arribó á América á principios de 1775; la guerra se hallaba en el período de su mayor crudeza, y Franklin, que al día siguiente de su llegada fué elegido diputado de la Pensylvania en el Congreso general, fué uno de los que tomaron parte más activa en las atrevidas resoluciones de aquel congreso de gigantes. En 1776 pasó al Canadá para atraer á sus habitantes á la causa común; pero sus esfuerzos fueron estériles, á causa de la diferencia de opiniones religiosas y dos desastres que sufrieron delante de Quebec las armas americanas.

Las pretensiones de los americanos no tenían todavía entonces el carácter radical que ofrecieron más adelante. Seguían reconociendo aún al Rey de Inglaterra, y sólo pedían que se les concediesen los mismos derechos de que gozaban las habitantes de la metrópoli. Pero la intransigencia de ésta exasperó los ánimos, los cuales en su desesperación resolvieron jugar el todo por el todo, y aceptaron el dogma republicano.

En 2 de Julio de 1776 se proclamó la independencia. Una nueva expedición de tropas inglesas y extranjeras á las órdenes del general Howe desembarcó en las playas de Hudson, y el ejército de las colonias sufrió una espantosa derrota. Entónces el general inglés, aprovechándose de la fuerza moral que le daba su victoria, publicó una amnistia á favor de cuantos se sometiesen de nuevo; invitó al Congreso á que le enviase una diputación para tratar con él, y Franklin fué uno de los elegidos. Estas negociaciones



ENTIERRO DE LOPE DE VEGA (CENEDRO DEL SR. SUAREZ ILANOS.)

nes no dieron ningún resultado. La guerra siguió, y siguió también la suerte de las armas siendo adversa á los americanos, cuya independencia se hubiera perdido para siempre sin el genio del inmortal Washington. El ejército de éste se hallaba, sin embargo, reducido al insignificante número de cuatro mil hombres. Esta crítica situación, lejos de amilanar al Congreso, aumentó su valor y perseverancia; renovó públicamente su declaración de independencia y procuró hacerse aliados entre las grandes potencias de Europa. La América del Norte se echó en los brazos de la Francia, adonde marchó Franklin sin más título que su celebridad personal para suplir las dignidades de que se hallan revestidos los embajadores de Europa. Dotado de una hermosa presencia y de un trato muy agradable, empleó estas dotes en adquirir mucha consideración personal, que en otras circunstancias le hubiera sido indiferente pero que en aquella no lo era, porque la quería emplear en favor de su patria.

El éxito correspondió á sus deseos; produjo á favor de América un verdadero entusiasmo, que llegó á su colmo con la marcha de Lafayette, que se asoció á todos los peligros de la empresa. En 1778, la Francia celebró un tratado de alianza con los Estados Unidos, contribuyendo no poco á esta determinación el Gobierno de nuestro rey Carlos III, que tenía que arreglar con la Gran Bretaña algunas cuentas pendientes.

La habilidad de Franklin consiguió atraer á la América independiente el reconocimiento de la Suecia y la Prusia, y asegurada ya su obra suprema, permaneció muchos años en Francia como ministro plenipotenciario. Durante este período vivió casi siempre retirado en una deliciosa quinta de Pissy, de la cual sólo le arrancaban los asuntos de su ministerio y los deseos de discutir con alguno de sus amigos de París alguna cuestión científica. En su retiro compuso sus más ingeniosos ensayos; asistía puntualmente á todas las secciones de la Academia de Ciencias, y siendo uno de los encargados de examinar los fenómenos con que asombraban á la Francia los prestigios de Mesmer, Franklin no vió en ellos más que efectos puramente físicos, enaltecidos con la influencia combinada de la imaginación y de los sentidos.

Una enfermedad dolorosa le hizo regresar á su patria en 1785, y su llegada á Filadelfia fué el complemento de sus triunfos. Toda la población de Filadelfia salió á recibirle á larga distancia; fué elegido dos veces presidente de la Asamblea de la provincia, y en 1788, agravados sus achaques, se retiró enteramente de los negocios. Esperó resignado en su retiro el fin de su brillante carrera, y murió en 17 de Abril de 1790, á la edad de ochenta y cuatro años. La gota y la piedra fueron las enfermedades que acabaron con su noble existencia. Durante su penosa enfermedad conservó siempre su trato afable y el carácter alegre y expansivo que le caracterizaba.

Su testamento era digno de él; algunas de sus cláusulas estaban dedicadas á la fundación de instituciones útiles, y en la última legaba á su amigo del

general Washington, el amigo del género humano, el baston de manzano silvestre con que solía ir á pascos. «Si este baston fuese un cetro, añadía, le convendría también.»

Su ingenio y la bondad de su corazón se expresan gráficamente en el siguiente epitafio que compuso muchos años ántes de su muerte:

AQUÍ YACE  
EL CUERPO DE BENJAMIN FRANKLIN,  
IMPRESOR,  
COMO LA CUBIERTA DE UN LIBRO VIEJO,  
QUE TIENE ROTAS TODAS LAS HOJAS  
Y GASTADA LA ENCUADERNACION;  
PERO LA OBRA NO QUEDARÁ PERDIDA,  
PORQUE REAPARECERÁ,  
DE ISO ESTOY BIEN CONVENCIDO,  
EN UNA NUEVA Y MEJOR EDICION,  
REVISADA Y CORREGIDA  
POR EL AUTOR.

La noticia de la muerte de Franklin consternó á la América entera. Filadelfia le tributó las más grandes honras de que puede ser objeto la memoria de un hombre eminente, y en Francia la Asamblea nacional mandó que hubiese luto público.

Las obras de Franklin, filosóficas, científicas, morales y literarias, han sido traducidas á casi todos los idiomas.

A. RIBOT.

## LA ORACION.

; Oh, cuántas, cuántas veces  
En este oscuro valle  
Al dolor ó al cansancio  
Rindo, sin fuerza, el cuerpo miserable!....

Y ante mis ojos pasan,  
Como sombras fugaces,  
Junto al rey, el mendigo;  
Á la par del anciano, el tierno infante.

Y herido llevan todos  
El corazón que late,  
Cual lámpara que muere  
Y un débil soplo apagará del aire.

Pero si á Dios imploran,  
Vida y ánimo dales;  
Que arriba está la fuente,  
La fuente del consuelo, inagotable.

Y es la oracion escala  
Por donde sabe fácil  
El corazón sediento  
En sus tranquilas ondas á saciarse.

Vaso lleno de lágrimas  
Y de alegrías caliz,

Que á Dios ofrece el hombre  
De amor y gratitud en homenaje ;

—  
Tabla de sus naufragios,  
Cuando la rota nave  
No halla punto en la tierra,  
Ni ve socorro humano que la salve.

—  
Enfermos desvalidos  
Que veis aproximarse  
Desde el lecho de muerte  
La eternidad con paso formidable,

—  
¿Quién os inspira aliento  
En el último trance ?  
¿Quién, sino Dios, conoce  
Del infortunio el íntimo lenguaje ?

—  
Sombra desventurada  
Que, bajo un verde sauce,  
Lloras perdidos seres,  
Contemplando la tierra donde yacen,

—  
¿Qué te queda en el mundo,  
Más que su vaga imágen  
Y la sorda plegaria  
Que del dolor te alivie el peso grave ?.....

—  
El alma del malvado,  
Negra abisino insondable,  
La oracion ilumina,  
Como fugaz relámpago, un instante.

—  
En los labios del justo  
Que de la vida parte,  
Murmura dulcemente  
Como el postrer suspiro de la tarde.

—  
El contento del niño  
Que, con sonrisas y ayes,  
Confundidos en uno  
Dice el nombre de Dios y el de su madre ;

—  
Y de la madre el beso  
Y la mirada en que arde  
Su pasion infinita,  
Himnos son, oraciones inefables.

—  
Y es oracion el canto  
Sencillo de las aves,  
El rumor de la fuente,  
El susurro del aura entre el follaje.

—  
Oracion el perfume  
Que de las flores sale  
La armonia del cielo,  
Del irritado mar la voz gigante.

—  
Y es oracion el grito  
Del pueblo libre y grande  
Que, por su independencia,  
En inmenso tropel vuela al combate.

—  
Escúchate el desierto,  
La ciudad te da altares,  
Tú fuiste la primera  
Palabra de los dioses patriarcales.

—  
Tú el pan del cenobita  
En su gruta salvaje ;  
Tú en el circo de Roma  
El valor inflamabas de los mártires.

—  
Tú de los mundos eres  
El eco perdurable ;  
Sonarás en los cielos  
Hasta el oscuro fin de las edades.

—  
¡ Oh, santas oraciones  
Que aprendí de mis padres,  
Y que apenas (¡ ay triste !)  
La torpe lengua pronunciar ya sabe !

—  
¡ Tocad, tocad mi labio,  
Y en amor abrazadle,  
Para que eternamente  
Bendiga hasta el dolor que me anonade.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

## LA SIEGA.

El grabado del presente número á que se refieren estas líneas, ofrece otro de los cuadros campestres que más se prestan á la inspiracion del artista.

El labrador, á quien tantos temores han asaltado desde el día en que depositó la semilla en el surco hasta aquel en que la madurez de la espiga anuncia que es llegada la época de la cosecha que la siega inaugura, da principio á esta operacion, que en breves dias deja cubierta la tierra de doradas mieses, formando haces ó gavillas, que despues han de ser conducidos á la era para que la trilla separe el grano de la paja.

En algunas provincias, en particular del Mediodía, la siega se hace en las primeras horas de la mañana ó en las noches de luna, lo cual, además de evitar los calores propios de la estacion, da á la escena un colorido fantástico, á que contribuye el canto de los segadores que acompaña á los movimientos de las hoces y de las guadañas.

Si el año ha sido abundante ¡ qué alegría en los campos y en las familias ! Por el contrario, ¡ qué tristeza cuando, en muchas localidades, ve el labrador, en la escasez de sus frutos, esterilizados sus esfuerzos y sus sacrificios !

Y aun en los años buenos, ¿ quién sabe lo que sucederá desde la siega hasta que el grano quede encerrado en el troje ? Un incendio, un turbion, cualquiera de esos accidentes que en mil ocasiones ha destruido en breves horas esperanzas casi realizadas por completo, puede todavia echar abajo sus castillos encantados.





## POR UN HOMICIDIO UN HOSPITAL.

RECUERDO HISTÓRICO.

Alegre y bien engalanada turba de jóvenes atravesaba la plaza nueva de Granada en uno de los hermosos días de primavera del año de gracia 1530. Distinguíanse entre todos por su marcial postura y resuelto continente un hermoso mozo como hasta de veinte y siete años, que llevaba admirablemente ceñido á su esbelta talle el rico y galano traje que introdujo en la corte castellana el opulento Emperador.

Con aire altanero, y como quien precia de su persona y gusta que en él reparan, marchaba con dirección á la calle de los Tintoreros, en la margen izquierda del Dauro, seguido de sus amigos, entre los cuales alcanzaba poderosa influencia por su decir y por su espada.

Acortaban á pasar en aquella hora algunas moriscas de vuelta del baño, y como, según su usanza y á despacho de la pragmática de doña Juana, llevasen el rostro recatado con el velo, nuestro jóven, enamorado y poco amigo de dificultades, dijo, dirigiéndose al que cercano tenía:

—¿Sabes, Gonzalo, que aquella del velo mequí debe ser la más apuesta moza que haya nacido en esta tierra? Á juzgar por sus ojos, el resto de su hermosura no ha de encontrarse mayor en toda la comarca: ¡malilitos velos y malilitas costumbres, que no han sido bastantes á deserrar los decretos de la desgraciada doña Juana ni las órdenes del Emperador!

—Es que las órdenes del Emperador no se ejecutan como debieran, porque mira con demasiada compasión á esa raza, que al fin habrá de levantarse contra nosotros.

—Eso no me importa; lo que yo quiero es ver el rostro de aquella morisca que por la cuesta de Cochilleros tomas, y en verdad que mi deseo va á realizarse en breve.

Y diciendo y haciendo, separóse á buen paso de sus compañeros, y alcanzando á la morisca, atusando el negro bigote y tomando la actitud más irresistible como ahora se diría, empezó á requerirla de amores.

La bella desennascida iba acompañada por un criado negro, de fiera mirada, el cual al acercarse el caballero á su señora se interpuso diciéndole en mal castellano:

—Guardada estar, que yo su esclavo ser, vete, ruy.

El caballero al escucharle no hizo caso y extendió el brazo para apartarle; pero el esclavo, desnudando un puñal y cogiendo con el brazo siniestro el velo de la moza, gritó colérico:

—¡Vete, ruy! ¡Vete, ruy!

—¡Miserable! ¿Te atreves á hacer armas contra uno de los mejores caballeros de la corte? Si no tienes manchar mi acero en tus negras carnes, pronto te enseñaría como merecen ser tratados los villanos de tu raza.

—¿Á mí, villano! — rugió reclinando los dientes el negro — de reyes vine en Fez, y tú ser de mancha malilita.

Al escuchar tan irritante ultraje, el jóven desnudó la daga y fuése para el africano, que resistió el primer ímpetu esquivando el golpe con la agilidad tan común en los de su raza.

La morisca, lanzando gritos de alarma, entró en una casa cercana, y los dos enemigos quedaron en la calle travados en sangrienta lucha.

Ágil y fuerte el mozo, empuzaba á hacer perder terreno al caballero, que tuvo que recurrir á la espada para su defensa, cuando aquél sintióse acometido por otros seis.

Eran los compañeros del usado galanteador, que viendo en tan mal trance á su compañero acudieron presurosos en su socorro.

El negro, al recibir tan inesperado ataque, retrocedió bravando de coraje, pero no cedió su puesto; pues únicamente se limitó á ganar la cercana tapia para apoyar la espalda, y comenzó á repartir tan certeros golpes con su yatagan, que más de una vez al levantarse para dejarle caer de nuevo, el brillo de su hoja se veía empañado por roja y humeante sangre.

Pero la lucha era demasiado desigual para que pudiera ser sostenida por mucho tiempo: las espadas de los jóvenes amenazaban constantemente al iracundo africano, y al fin éste, en tan apurado trance, dió á correr para salvar la vida.

Ciego de cólera el atrevido galanteador lanzóse detrás seguido de sus camaradas, y de este modo en furiosa carrera atravesaron la plaza nueva y subieron la calle conocida hoy con el nombre de la *Cóchea*.

Cansado el africano con la pesada lucha que había sostenido, jadeante, rendido, subía la cuesta de la calle, sintiendo á poca distancia los pasos de su colérico rival, que olvidado de sí mismo, corría desalentado como corre la fiera de la montaña tras la presa, sólo para saciar su sed de sangre.

La respiración del africano era cada vez más penosa; sus secos flices apenas podían dar paso al comprimido aliento, y ya su respiración agitada era sólo ríncos quejidos.

Y el jóven avanzaba sin cesar, los ojos brotando sangre, la boca abierta, el cabello descompuesto, la espada en alto y apretando la daga en rabiosa furia.

Sus compañeros apenas podían seguirle.

La gente que pasaba huía despavorida, haciendo plaza á aquellos hombres que caminaban al crimen, llevados por el huracán de la muerte.

Hubo un momento en que el africano cayó desfallecido. De su boca brotaba la sangre, mientras una tos seca y honda le hacía retorcerse con crueles dolores.

El mozo, en medio de su carrera, sonrió satisfecho; avanzó los pocos pasos que le separaban del africano, y alzó blandiendo la daga con un grito de condenado.

Ciego de coraje iba á descargar el golpe; pero de pronto lo suspende quedando sin acción, con los ojos fijos, trémulo y como poseído de un espíritu superior.

¿Qué había visto el asesino en su víctima?

Pálido, con una mirada tan dulce y resignada como la de un mártir, un hombre pobre, arrodillado

delante del africano, cubre su cuerpo y presenta al valeroso perseguidor su pecho desnudo.

Aquel hombre no viste como ninguno de su época: un saco de paño basto de una mezcla negruzca cubre su cuerpo, al que lo sujeta un cordel de cañamo.

Su cabeza, descubierta y pelada completamente, se inclina sobre sus hombros desnudos con tanta humildad, y su mirada es tan dulce, que parece se refleja en él la luz celestial del paraíso derramando consuelo en el corazón.

El iracundo jóven, ante aquella aparición extraña, quedó algunos instantes subyugada y sin movimiento.

Pero en breve la voz del rencor alzó la del deber, cuando desapareció el sentimiento indefinible que le inspiró aquel hombre exponiendo su vida por salvar la de su hermano, al oír gritar á uno de sus compañeros.

— ¡Ah! Es el loco, el loco; echarle fuera.

— Vamos, apáctate — gritóle el caballero —; quién te mete á defender á los que no conoces? Déjame, ó vive Dios que no respeto que seas á no loco, y te mato lo mismo que á ese perro que cubres con tu cuerpo. En, retírate pronto.

— No puedo, Dios me manda salvar á mis hermanos, y ha permitido llegue á tiempo de salvarte y salvarte; á él de la muerte del cuerpo; á ti de la muerte del alma.

— Vamos, vamos, no vengas ahora con sermones; déjame en paz.

— Por ella estoy aquí.

— ¡Acabarás, mentecato! Véte, ó si no creo que bago dos víctimas por una.

El africano, que había permanecido inmóvil, recobrado algun tanto al volver á tener conciencia de su situación, oyendo tan cerca la voz de su perseguidor, con el instinto natural de la conservación, comprendió de nuevo su trabajosa marcha.

El caballero, al notarle, sintió renacer sus deseos de venganza, creyendo iba á quedar perdidá, y poniendo la mano sobre el hombre del saco de lana, gritó:

— ¡Dejadme, ó vive el cielo!... Y sacudióle fuertemente.

El hombre extraño, por toda contestacion miró hacia atrás para asegurarse de que el negro avanzaba en su huida.

Después, alzándose con una majestad tan noble, como santa y sublime había sido su anterior actitud, dijo con voz sonora al aturdido caballero:

— Atras, asesino, atras en nombre de Dios. Ese hombre es tu hermano, y es hijo del Señor. Adelanta si quieres y consume tu obra, pero no olvides que al ensangrentar tu acero en ese desgraciado, correrá también la sangre del que vino al mundo para redimirle en el calvario. Adelanta, y verás brotar la del hijo de Dios que murió por señalarte con ella el camino del cielo.

Y al acabar estas palabras puso delante del caballero la imagen venerada de Jesucristo crucificado.

El rostro del jóven varió completamente de expresión. Un cambio repentino acababa de obrarse en su alma,

Llevó la mano á la gorra, descubrióse con respeto, y cayó de rodillas murmurando la palabra «perdona».

— Si lo tendrás, hermano mio. Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Tú ibas á dejarte arrebatar el cielo, destruyendo la obra de Dios, matando á tu hermano. Pues bien, vive por ellos y para ellos, y cifra tu gloria en aliviarlos. Socorre al desvalido como al enfermo, ejerce los santos deberes de la caridad, y las lágrimas de gratitud de tus hermanos te abrirán el camino de la gloria. *Has bien para ti mismo.*

La fisonomía de aquel extraño personaje resplandeció en aquellos momentos como si en ella reflejase la luz del cielo.

El caballero seguía arrodillado á sus piés con la cabeza oculta entre las manos. Sus compañeros contemplaban respetuosos esta escena.

De pronto, el jóven se levantó, cogió las manos del hombre de la tosca vestidura y las besó, mientras de sus ojos corrían raudales de lágrimas.

El desconocido le abrazó con alegría inexplicable, y después, alzando los ojos al cielo, clavó una mirada de inmensa gratitud.

Pasados algunos instantes, el caballero volvió á besar las manos del desconocido, y se alejó á pasos lentos con la cabeza baja y sin pronunciar una palabra.

Á poco la calle volvió á quedar abandonada.

Sólo se vió al desconocido acabar de subir la cuesta, y á poco bajar con un hombre de atezado rostro, cargado cuidadosamente sobre los hombros.

Aquel hombre que de tan extraño modo se había presentado para salvar á su hermano, era Juan de Dios, el apóstol de la caridad, el que sin más armas que su fe y su ardiente amor á sus hermanos, conquistó el innado del sentimiento para los que sufren y los que lloran. Juan de Dios, el atrevido soldado portugués que oyendo los sermones del maestro Juan de Ávila y las excelencias de la caridad, trocó sus vestiduras de guerrero por el tosco sayal de la penitencia, y consagró su vida entera á sus hermanos.

Nada tenía y pabó de hospitales el mundo.

Decimos mal: tenía la fe que allana las montañas, y tenía caridad, esa virtud cuya dulcísima fruición sólo puede compararse al amor de los ángeles...

El atrevido galanteador era Anton Martín, el valiente caballero querido de las damas, que excitado violentamente por las sublimes palabras del apóstol de la caridad, vendió sus bienes, ciñó el saco de lana y vino á Madrid, su patria, para fundar un hospital en la plazuela de su nombre.

De este modo el sangriento homicida se convirtió en ángel tutelar de sus hermanos.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

## DON MARTIN DE LOS HEROS.

Nació en Manzanaeda de la Sierra (Valle de Carriña), el año de 1783.

Peleeó por la patria contra los franceses, sirviendo

en el arma de Caballería á las órdenes del general Cuesta, y en esta gloriosa campaña fué ascendido á capitán.

De teniente coronel de Estado Mayor le halló el levantamiento de las Cabezas de San Juan, el 1.º de Enero de 1820; un año despues ascendió á coronel y pidió su retiro.

Desde esta época principió á luchar con fe y entusiasmo por la causa de la libertad, y desde entonces empieza á destacarse su noble figura política.

Obligado á emigrar como todos sus correligiona-

rios contemporáneos, pasó once años en Bélgica y Alemania, en donde se ocupó en escribir varias obras y en estudiar los adelantos de aquellos países, para poderlos introducir en su patria cuando las circunstancias lo permitiesen.

En el año de 1835 regresó á España y fué nombrado ministro de la Gobernación, merced á su intimidad con D. Agustín Argüelles y al alto concepto que tenía éste formado de su capacidad y honradez. Diputado y presidente en las Cortes del año de 1837, fué nombrado en 1840 Intendente general de la Real



DON MARTÍN DE LOS HEROS.

Casa, siendo tutor de la Reina D. Agustín Argüelles.

Muchas fueron las mejoras materiales que estos dos grandes hombres realizaron por entonces, y entre otras la de la plaza de Oriente, la cual no era ántes más que un repugnante muladar, que mantenía separado, digámoslo así, de la población al Real Palacio.

Deseoso de crear empleados inteligentes, mandó pensionados á Sajonia algunos jóvenes de provecho, para que estudiasen la manera de fomentar los bosques y plantíos. Á esta magnífica idea se debe el que hoy tengamos la Escuela de Montes y las Granjas-

modelos, que sin los profesores que formó Heros no hubieran podido llevarse á cabo en nuestro tiempo. Nombrado otra vez intendente de la Real Casa (1854), se ocupó con igual constancia en arreglar la administración de la misma, y en introducir en sus muchas posesiones cuantas mejoras eran posibles y estaban en su mano.

Por aquel tiempo fundó la Granja-modelo ó Escuela de Agricultura, en Aranjuez, en union con el Ministro de Fomento.

Estableció también, en lo que hoy es convento de San Pascual, una magnífica escuela ó colegio de ni-

ños de color, para que después de educados fuesen ellos los que ilustrasen á sus hermanos de Fernando Póo.

Y por último, concibió y dejó planteado el pensamiento de un nuevo barrio, al que tuvo la feliz idea de dar el nombre de *Arguëlles*, que es el que hoy lleva.

En Marzo de 1859, este distinguido y laborioso patriota dió el último suspiro, en la misma alcoba y en el mismo mes en que quince años antes había dejado de existir su buen amigo el gran Arguëlles.

Don Ramon Gil de la Cuadra, que lo era también inseparable de ambos, fué el encargado de llevar á cabo sus disposiciones testamentarias.

## LAS CACERÍAS EN EL ÁFRICA ECUATORIAL.

### EL ELEFANTE.

#### L.

Después de la cacería del gorilla, he creído que entre todas la que me falta referir, debía dar la preferencia á la del elefante, el más gigantesco de todos los paquidermos, como de cuantos monstruos pueblan las selvas y las montañas del mundo conocido.

Generalmente se cree que el elefante de África es de menores proporciones que el de Asia, y hasta lo indica así algun naturalista del siglo pasado.

Pero esto es un error, si bien entónces sólo lo era en parte.

El elefante del África septentrional era realmente más pequeño que el de Asia y particularmente que el de Ceylan; pero en esa parte de África, hacía el monte Atlante, y desde este monte hasta el río Senegal no se encuentra ya. En cambio abundan mucho en el mismo Senegal, en el país de Ante, de Acza y de Bonia, en las costas de Marfil, en Guinea, en el Congo y en el África ecuatorial, teatro de las excursiones de Chaillu.

El elefante abunda igualmente en casi toda el África del Sur, hasta el cabo de Buena Esperanza, y en todas estas partes son de iguales ó mayores dimensiones que los de Indias, Asia, Ceylan, Madagascar y Java.

Hay otra particularidad digna de ser consignada; el pueblo asiático, desde la más remota antigüedad, ha utilizado el elefante para muy diversos usos, desde la guerra hasta las faenas domésticas.

Para conseguir este resultado, ha tenido que recurrir desde entónces á la fuerza, á la astucia y á la perseverancia para domar al elefante; y como la índole de este animal es sumamente dulce y bondadosa, el resultado ha sido naturalmente que al paso que aumentaba el número de elefantes domesticados, se disminuía muy considerablemente el de los elefantes en estado salvaje. El pueblo africano, más ignorante, menos avanzado que el asiático, no ha sabido imitar á aquél, como lo prueba el que sólo en muy pocas comarcas utilicen la fuerza y la extraordinaria inte-

ligencia del elefante. De aquí el que en todas las regiones de África, en donde se le encuentra, se haya aumentado considerablemente la especie, y sea facilísimo encontrarle en las selvas, y más particularmente en las montañas.

Chaillu tenía nociones generales de los elefantes, había visto á alguno domesticado; pero nada de esto basta para formar idea ni aun aproximada de lo que es este animal en estado de libertad, ni de las emociones que se sienten en una cacería contra ese rey de los monstruos.

Chaillu sabía que el elefante de África, como el de Asia, que ese «prodigio de inteligencia, al par que monstruo de materia», tiene el cuerpo sumamente grueso, el cuello muy corto al par que rígido, la cabeza pequeña, las orejas demasiado grandes para aquella, las piernas macizas y escasamente flexibles; sabía también que se distingue por la pesadez de sus movimientos, por el sumo trabajo que le cuesta girar, por el ruido, semejante á un trueno lejano, que hace al correr; por la imposibilidad de echarse, cuando después de cierto número de años ha perdido las articulaciones de sus piernas, la facultad de actuar y doblarse.

Sabía igualmente que el sonido de su voz, aunque semejante á un bramido, y que se oye á más de una legua de distancia, no tiene nada de feroz, ni aterra como el del león y el del gorilla; calculaba que se diferenciaría de los elefantes de la India en la cabeza, que es más cóncava, y en las orejas, que son sumamente mayores.

Por lo mismo que era muy experto en cuanto concierne al elefante y á sus costumbres, sabía que este paquidermo, cual si comprendiese todo lo inepto, todo lo despreciable de la raza negra en su estado actual de barbarie y estúpida ignorancia, en vez de temer el encuentro del hombre, lo despreciaba tan solemne y majestuosamente que pasaba por su lado tranquilo y altivo, cual si no hubiese notado su presencia, excepto en el caso de que los negros fuesen en gran número y apareciesen en són de guerra.

Todo esto avivaba en él más y más el deseo de organizar una cacería, convencido de que les bastaría poco tiempo y poco trabajo para tropezar con el elefante; mas siempre que habló de ello, notó que trataban de excusarse, contestándole que el elefante es muy raro en aquellas comarcas, y difícil por lo tanto de encontrar; que aplazase su plan hasta llegar al territorio Fans ó Ashira, que es donde abundan aquellos animales.

No debe extrañarse, pues, que Chaillu, luego que se vió en territorio Fans tratase de realizar su deseo.

Con el objeto de asegurarlo, empezó por no decir una palabra acerca del particular, pero si averiguó quién era el más famoso cazador de la comarca, y desde luego intimó con él.

Ogubá, que así se llamaba, satisfizo muy pronto la curiosidad del hombre blanco, refiriéndole muchas de sus infinitas expediciones contra los elefantes, los gorillas, los toros salvajes y los leopardos.

Chaillu le preguntó de qué medios se valían los indígenas allí donde apenas había una docena de ma-

lisimos fusiles de chispas, para dar muerte al elefante.

Ogutá le contestó que los cazaban de tres maneras: á balazos, el que tenía fusil y valor para arros-trar la cólera del elefante; con jayelinas, yendo los cazadores en gran número, y por medio del *hami*.

Chailla pidió á Ogutá que le explicase este último medio.

Ogutá, á fuer de bravo y excelente cazador, que busca en sus empresas diarias contra las fieras el riesgo al par que la utilidad, hizo un gesto de desden.

—Ese es el modo de cazar de los cobardes, dijo.

—Como yo no he de practicarlo nunca, por esa misma razón—replicó Chailla—deseo oirlo referir.

Ogutá oyó estas palabras con visible satisfacción, y añadió:

—Tienes razón. Vas á saber cómo se proveen de colmillos de elefante los hombres cobardes.

Y despues de reflexionar un momento, añadió:

—Hay en nuestros bosques cierta planta que el elefante prefiere como alimento á todas las demas.

Así, pues, aunque es un animal errante que necesita mudar de sitio cada dos ó tres días, por la inmensa cantidad de hierbas que consume, cada vez que la casualidad le hace tropezar con un prado del alimento que prefiere, permanece en él hasta agotarlo.

Chailla hizo un movimiento de cabeza en sentido afirmativo, indicando que comprendía perfectamente la explicacion del negro.

Este continuó:

—Las gentes del país conocemos esa hierba, y los que cazan al elefante con el *hami* observan diariamente si hay elefantes á los alrededores.

Esto es muy fácil de conocer, tanto por la cantidad de hierba que falta en el prado de un día para otro, cuanto porque la huella que al pisar deja ese animal no puede confundirse con ninguna otra....

—¿Y por qué razón?—preguntó Chailla.

—Porque su diametro es de diez y seis pulgadas, cuando ménos. Como el elefante, lo mismo cuando marcha que cuando come, va siempre adelante en línea recta, el negro calcula cuántos días tardará en pasar pastando por debajo de algun árbol corpulento y desde luego toma sus medidas.

—¿Qué medidas son ésas?

—El negro que ha hecho el descubrimiento regresa á la aldea, avisa secretamente á algunos de sus compañeros, y careando con el *hami*....

—¿Qué significa el *hami*?—preguntó Chailla interrumpiendo al negro.

—El *hami*—dijo éste—es un tronco de árbol muy grueso y muy pesado, uno de cuyos extremos acaba en punta.... Esta punta está forrada de hierro. En el extremo opuesto tiene el *hami* una incision circular que sirve para atar las enredaderas con que se cuelga el *hami*.

—¡Ah!—dijo el interlocutor de Ogutá—el *hami* se suspende.

—Sí, se suspende de una de las ramas del árbol precisamente encima del sitio por donde debe pasar el elefante.

—¿El extremo que acaba en punta, y que es el

más pesado, por su forro de hierro, es el que queda mirando al suelo?

—Precisamente. Del *hami* bajan dos brazos de enredaderas que se sujetan á unas estacas clavadas en tierra; estas plantas son más fuertes que las que sirven para colgar el *hami*.

—Creo que empiezo á comprender....

—¡No! aún no puedes comprender—observó Ogutá.

Y añadiendo:

—Colocando el *hami*, trepan los negros á las ramas del árbol, y ocultos en el follaje, esperan, uno, dos ó tres días á que se presente el elefante.

—Pero el hambre, la sed....

—¡No! el negro va provisto de bananas y otros víveres para algunos días.

—¡Ya!

—El negro permanece inmóvil y silencioso. Cuando aparece el elefante devorando en grandes cantidades la hierba que debe ser causa de su perdicion, el cazador saca su cuchillo. El elefante sigue comiendo y avanzando. Los negros permanecen inmóviles como troncos de árbol. Cuando la cabeza del animal está debajo del *hami*, el negro, temeroso de que noté su presencia y se aleje, suspende la respiracion, suspende hasta la circulacion de su sangre. Si dependiese de su voluntad, creo que se moriría por algunos minutos. Sin embargo, conserva una cosa viva y con esfuerzos sobrehumanos centuplica su potencia, ¡la mirada! Por último, cuando el elefante, avanzando, tropieza en las lianas que sujetan al suelo el *hami*, haciendo tambalar á éste, al enclillo del negro, veloz como el pensamiento, corta de un tajo las lianas de que pende el *hami*, y éste cae desde una gran altura penetra horriblemente en el lomo del monstruoso animal, al par que la violencia del golpe le rompe las costillas. El dolor arranca al elefante un gemitido; hace un esfuerzo y se sacude violentamente para quitarse de encima aquel enemigo invisible que le desgarró; pero esa misma sacudida hace que el *hami* penetre aún más en la carne. El elefante da algunos pasos más, que de costado, y poco despues espira.

—¿No me gusta esa clase de cacería!—exclamó Chailla; yo prefiero acosar á las fieras, perseguirlas, atacarlas cara á cara y vencerlas.

—¡Así hablan los cazadores verdaderos!—dijo Ogutá.

—Y cuento con Ogutá para que me presente una ocasion en que demostrar que he dicho la verdad.

—Haces bien en contar. Vendrás conmigo y con todos, verás elefantes, los acosarás y los matarás.... si ellos no acaban contigo.

—¡Tengo buen ojo y buena carabina!

—Pero el elefante tiene dura la piel.

—¿De qué sirve esa piel contra las balas de plomo?

—Sirve para que las balas de plomo no penetren en el cuerpo del elefante....

—Pero....

—Ya sé lo que va á decir el hombre blanco; que la bala penetra por los ojos y por las orejas y mata al gigante de los bosques: ¿Pero quien tiene seguridad de hacer eso con su carabina?...

En aquel momento pasaban por encima de Ogotá y Chaillu, pero á gran altura, dos golondrinas.

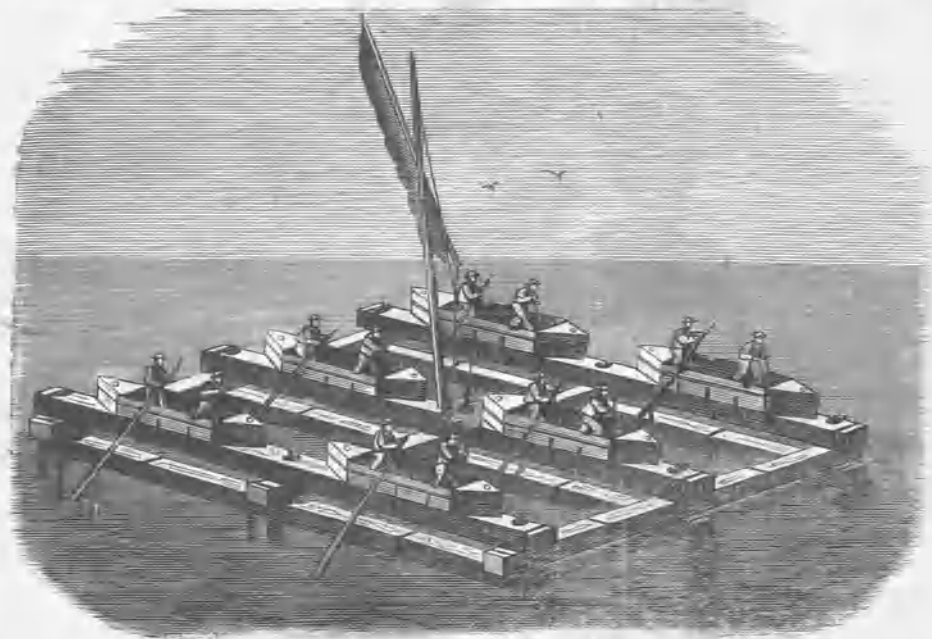
Chaillu armó su escopeta, se la echó á la cara, apuntó, hizo fuego, y una de las golondrinas cayó á los pies del negro.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

(Se continuará.)

## BOTE DE SALVACION PARA NAÚFRAGOS.

El ingeniero conde J. B. Conterini presentó al Instituto de Ciencias y Artes de Venecia un nuevo sistema de aparato de salvacion para naufragos, y recibió la gran medalla de plata como testimonio de su mérito. Este aparato está compuesto, como muestra nuestro grabado, de un bote que puede recibir



BOTE DE SALVACION PARA NAUFRAGOS.

24 hombres (que es la tripulacion mayor de un bote mercante) y va recogido en el buque hasta el momento del peligro; cuando el buque se considera ya como perdido, se abre el bote, que hasta entónces habia ido recogido, como hemos dicho, y se echa al agua. La tripulacion que se salva en este bote puede sostenerse en el mar por espacio de seis dias, y todo se halla dispuesto de modo que no carezca de nada de lo necesario para este caso. Este invento debe servir, indudablemente, para salvar la vida de muchos hombres, que de otro modo perecerian víctimas del furor de las tempestades.

## UNA REPRESENTACION TEATRAL

EN LAS INDIAS NEERLANDEASAS.

Véanse algunos detalles dados por un viajero alemán, M. J. Kugel, en el periódico *El Auzland*, acerca de una singular representacion teatral ofrecida por el Sultán de Bankallang á sus vasallos, en las fiestas celebradas recientemente por el casamiento de uno de sus hijos.

El Sultán habia mandado construir gran número de autómatas vestidos de árabes, de indios, de chinos, y con otros trajes de los que usan los pueblos de Asia, y fueron fuertemente atados sobre caballos blancos. Hubiérase construido tambien un vasto circo

para recibirlos, y en él soltaron los caballos, dejándolos enteramente libres.

Despues que hubieron corrido, brincado y mordido unos á otros, y que se alborotaron por completo, aun se les excitó con petardos y cohetes. Entónces ocurrió una escena muy grotesca, pues corriendo los caballos y chocándose unos con otros, los autómatas ó polichinelas se descomponian rápidamente. Uno perdía el turbante, otro un brazo, aquél la cabeza, éste la pierna, ó bien quedaban colgados de la silla, cuando no eran pisados y hechos añicos en el suelo. En fin, despues de haber durado un buen rato esta escena, abrieron las puertas del circo y llevaron los caballos á las cuadras, pasando por las calles de la ciudad con los restos informes de los autómatas. A pesar de todo, esta funcion debe considerarse como un gran adelanto hecho por el arte dramático en las Indias neerlandesas.

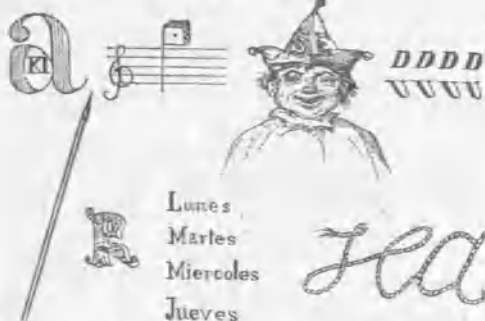
Ni los javaneses ni los malayos conocen todavia otras representaciones teatrales más que las sombras chinescas. Hacen pasar figuras de papel, de carton ó de madera por detras de un telon ó cortina trasparente de papel ó de tela que no se mueve nunca. La sala de los espectadores está á oscuras, como es de suponer, y detras de las figuras están los quinqués. Los personajes se mueven, cantan ó hablan, pero generalmente no hacen más que pasar. Si hablan dicen cosas graciosas, pues el concurso es numeroso y casi se *mueve continuamente de risa.*

## VENTAJAS DE LOS QUE SALEN A VERANEAR.



- Parece el mar un espejo y la arena un marco de oro.  
 — ¿Cómo encuentras esto, Eulogia?  
 — ¡Divino! ¿Y tú?  
 — ¡Delicioso!  
 — Dicen que rejuvenece y hermosa este aire pródigo, mas yo no lo necesito...  
 — ¡Es claro, luz de mis ojos!

## JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

## Solución al jerooglífico del número anterior.

Casa hecha, sepultura abierta.

## SUMARIO.

GRABADOS.—Entierro de Lope de Vega.—La Siega.—Don Martín de los Heros.—Bote de salvación para naufragos.—Ventajas de los que salen a veranear.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jerooglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El secreto del oro, Luis Ronssenard.—Sin familia, Hector Malot.—Entierro de Lope de Vega.—Franklin.—La Oración, por Ventura Huis Aguilera.—La Siega.—Por un homicidio un hospital, por J. de Dios de la Hada y Delgado.—Don Martín de los Heros.—Las Cacerías en el Africa Ecnatorial.—Bote de salvación para naufragos.—Una representación teatral en las indias Neerlandesas.—Solución al jerooglífico.

MADRID, 1884.—Est. Tip. de los Sucesores de Rivadeneira,  
 IMPRESORES DE LA REAL CASA.